ALFAGUARA

Iván Hochman

Por qué te vas

Narrativa Hispánica

Iván Hochman

Por qué te vas

ALFAGUARA

A mi madre y mi padre, sus puertas abiertas.

A mi hermana Miranda.

Una vez me perdí. A los seis o siete años. Venía distraído y de repente ya no vi a mis padres. Me asusté. Pero enseguida retomé el camino y llegué a casa antes que ellos. Seguían buscándome, desesperados, pero esa tarde pensé que se habían perdido. Que yo sabía regresar a casa y ellos no.

ALEJANDRO ZAMBRA, *Formas de volver a casa*

Inventariar ordenar clasificar seleccionar. Eliminar tirar vender. Romper. Quemar. Bajar desellar desclavar despegar desatornillar descolgar. Desconectar soltar cortar sacar desmontar doblar cortar. Enrollar. Empaquetar embalar apretar anudar apilar juntar amontonar atar envolver proteger recubrir cerrar apretar. Recoger llevar levantar. Barrer. Cerrar. Marcharse.

GEORGES PÉREC, *Especies de espacios*

Parte I

Es el atardecer. El aire uniforme de un color que se extingue. La noche que erosiona lo que quedó del día. El ritmo artificial, la vorágine, el silencio que se deja envolver por un cardumen de sonidos, hombres como peces boquean humo de burbujas, todo una misma cosa. La ciudad bajo el agua.

Hay en esta luz algo final. Casi lo nombro y desisto.

Es el atardecer y la velocidad de la bicicleta: veo mal o veo distinto; todo me pasa como flashes: una vieja arrastra un caniche y me grit, dos espaldas encorvadas por el peso de las bols, un grupo de adolescentes disfrazados como en una pel, cuatro cabezas metidas en sus cuatro celul, atravieso el paisaje, nada me toca, no soy parte. Rojo.

Respiro. Una gota de sudor cae de mi ceja y me recorre la cara. Un pájaro azul pasa volando sobre mi cabeza. Un escalofrío. Lo sigo mientras sobrevuela negocios, carteles de publicidad, edificios. La gota de sudor sobre los labios. El pájaro se esconde atrás de un cartel y lo pierdo de vista. El gusto a sal en la boca. Enmarcado entre dos edificios, un hueco color mar invadido por las últimas nubes rosas. Inspiro. El viento fresco en la cara. Y una frase: tu vida sería perfecta. El semáforo se pone en verde. Pero no avanzo. Ato la bici a un poste y entro.

Godoy Cruz 3038, 4 amb., ctrafrte., balcón, ¡muy lum!, 3 bañ.

Toco timbre y espero a que abran la puerta del cuarto B. En primaria era del B. Los del A eran cancheros y en las fiestas bailaban lentos y chapaban. Los del C se portaban mal y los profesores siempre estaban retándolos. Los del B éramos tranquilos, buenos, infantiles. Una noche de cuarto grado planeamos con dos amigos del B ponernos de novios con chicas de otros grados. Yo decidí enamorarme de Marina, que era del C, pero tan buena y tranquila que parecía del B. Ella me dijo que no quería ser mi novia, una actitud muy del A, y durante más de un año me la pasé llorando para que dijera que sí. Al final, aceptó. Solo nos hablábamos por carta y nunca, ni una vez, nos dimos un beso. En algunas fiestas bailábamos lentos. Para mí era lo máximo, podía abrazarla y no tenía que pasar por la vergüenza de hablarle porque sonaban bien fuerte las canciones de un tipo horrible que se llamaba Álex Ubago. ¿Seguirá vivo Álex Ubago?

—Hola, vengo en busca de mi infancia.

La señora que me abre la puerta del departamento no sabe qué decir, su boca se contorsiona entre la duda y la sonrisa.

—Es un chiste, vengo a ver el departamento. —Demasiado pronto me apiado; podría haberme divertido un poco más.

Se sienta en una silla y mira el celular. No me considera un verdadero cliente.

Los mosaicos del piso, los marcos de las ventanas, la bañadera antigua, la cama con respaldo de hierro; termino de recorrer las habitaciones y me siento en el suelo. Busco el techo y lo encuentro demasiado lejos. Inalcanzable para alguien como yo.

Saco el cuaderno de la mochila y arranco un rectángulo de papel. Escribo un nombre y un número de teléfono. Me acerco a la señora, que sigue mirando el celular.

—¿Conoce a Álex Ubago? —le pregunto.

—No personalmente, pero escuché las canciones.

—Son buenas, eh. Muy buenas.

—Sí, sí, me gustan.

—El departamento es para él.

—Para… ¿el cantante?

—Sí, para Álex. Para Álex Ubago. Soy su agente. Me pidió que le consiga departamento durante su estadía en Buenos Aires. Acá le dejo mi tarjeta, cualquier cosa me llama.

Abandono el departamento perfecto con un portazo.

Pedaleo por una callecita que desemboca en el río. En mi cuadra viven, además de la mía, otras pocas familias, sus casas empotradas entre terrenos baldíos y jardines silvestres. Un perro inmenso galopa hacia mí y lo paso de lar, la dueña lo corre, se queda sin aire, putea a los grit, un nene sentado sobre el cordón con frutillas en las rod, avanzo hacia mi casa zigzagueando sobre la bici. Entonces escucho el saxo del vecino de enfrente. Nunca logra terminar una canción sin equivocar las notas. Salto de la bici y camino hasta el portón. El vecino del saxo interrumpe su canción con un soplo afónico. Pienso que va a rendirse, pero vuelve a intentarlo.

Cuando entro a mi casa con la bicicleta al hombro, mamá sale a recibirme con un abrazo. Tan fuerte que me corta la respiración. Papá, sentado en el sillón con la computadora sobre las piernas, me guiña el ojo. Mi hermana está en su cuarto tocando la guitarra. Dejo la bicicleta y subo corriendo las escaleras.

En casa hay ventanales, una terraza y un jardín donde papá me jugaba a los penales. Un único árbol, alto, de hojas puntiagudas. Los sonidos del río no llegan hasta la casa, pero se lo ve por todas las ventanas y se escuchan los pájaros temprano, desde la madrugada. El viento y la lluvia suenan fuerte y claro cuando hay tormenta; mucho más que en la ciudad, donde los edificios frenan las corrientes. En la ciudad lo que se escucha es la ciudad, sus lamentos: el humo, las bocinas, los negocios, los boliches, los colectivos. Desde la habitación de mis papás es desde donde mejor se ve el río: plateado, con los primeros naranjas del atardecer, el cielo que se derrumba sobre la superficie del agua.

Bajo las escaleras a oscuras. Pegado sobre la puerta de mi habitación encuentro un papel en el que alguien escribió una pregunta: ¿por qué te vas?

Muñeco de patito

Mi vecino se llamaba Tomás Sandulio y los amigos lo molestaban diciéndole Tomi Sanculo. Cuando iba a jugar a su casa, intentaba defenderlo. Tomi era dócil e inocente. A los amigos los recuerdo como hienas estúpidas con uniforme verde de colegio inglés. Los Sandulio tenían la PlayStation y muchos jueguitos. En mi casa no había ninguna de esas cosas. Los Sandulio tenían también una pileta, que me servía de excusa cuando quería jugar a la PlayStation. Me ponía la malla, las ojotas, agarraba una toalla, salía al jardín y gritaba a través de las enredaderas que separaban nuestras casas: Tomi, ¿puedo ir a la pile?

Si decía la verdad —que quería ir al lado a jugar a los jueguitos—, nuestras mamás no nos dejaban hacer programa, así que, cuando la mamá de Tomi estaba por ahí, me tiraba un chapuzón para disimular. Después me secaba y salía corriendo al cuarto de Tomi a jugar durante horas. Aún hoy digo ser friolento. Quizás fue un invento de esa época para salir más rápido de la pileta.

A Tomi le compraban muchas cosas que en mi casa eran consideradas vanas y obviables: la PlayStation, la pileta, la televisión, un cuatriciclo, un perrito, una mesa de ping-pong. Una vez Tomi apareció con unos muñequitos de Pókemon de plástico en miniatura. Yo era fanático de Pókemon y mis papás nunca me habían comprado ni me comprarían algo así. Tomi tenía a Nidoking, a Kadabra, a Ivysaur, a Psyduck. Los admiré en silencio durante mucho rato. Cuando volví a moverme, tenía un plan. Felicité a Tomi por su adquisición, haciendo fuerza con los labios para que no se me notara la envidia. Más tarde, jugando con los muñequitos, comenté, como quien no quiere la cosa, que mis papás me traerían de Inglaterra un nuevo Pókemon, muy, muy raro, inconseguible, casi desconocido. Tomi abrió los ojos y dijo wow. Yo dije sí, es increíble, un Pókemon muy poderoso, podría derrotar a todos estos él solito. Otro wow de

Tomi, seguido de un qué suerte que tenés. Pero… si querés… susurré, te lo puedo cambiar. ¿En serio?, gritó Tomi. Sí, obvio, pero solo porque somos amigos. Y no le digas a nadie que yo te lo cambié.

La próxima vez que crucé a lo de los Sandulio llevaba escondido un patito de pinta lamentable encontrado en un cajón. No era un Pókemon, y aunque lo fuera, no sería para nada poderoso. Hicimos el cambio, no lo podía creer. Volví a casa con el botín, orgulloso de lo que había conseguido, aterrado de que me descubrieran. Unos días después, la mamá de Tomi habló con mi mamá y pidió que devolviera los Pókemon que me había robado.

Son como veinte. Tienen entre seis y nueve años. Para ellos, soy un desconocido. Me miran, intentan descubrir si soy de los buenos o de los malos. De los que dejan jugar o de los que gritan.

Estuve nervioso toda la semana. Preparé listas de ejercicios. No voy a usar ninguno. No les cuesta nada darse cuenta: soy de los buenos. Y soy nuevo. Se ponen a jugar, primero de a poco, de pronto están corriendo, saltando, gritando por todas partes. Aprovecho el desorden y los hago hacer acrobacia, bailar, voy charlando con cada uno, me presento, les pregunto cosas.

Los dejo dibujar en el pizarrón. Pintamos un monstruo entre todos, cada uno agrega una parte. Va a ser la mascota del grupo.

Toca el timbre. Salen todos corriendo. Charo se queda, me da un abrazo. Dice que le encantó la clase, que se divirtió mucho.

Quedo solo y miro el aula. Lo que queda del aula.

Fermín. 20 años. Agente de viajes

Y bueno, yo me quería ir a vivir solo, porque vivía lejos de la facu y quería tener esa experiencia de irme a vivir solo. Para ver qué onda, digamos. Funciona bien, hasta ahora. Cuesta la parte de estudiar. Por ahí como que no tenés la, no sé si presión, pero alguien que te está rompiendo las bolas para que vos te pongas a hacer las cosas que tenés que hacer. No sé si en casa me rompían las bolas, pero solamente la presencia era como: "Uy, tengo que hacer tal cosa".

A mis viejos les dije que me copaba la idea de irme a vivir solo y me dijeron que sí, que probara, que a ellos no les modificaba nada. Les gustaba la idea como para que hiciera algo así, digamos, me motivaron, y… no lo hablé mucho más. Les dije che, bueno, mirá, Nacho, mi compañero, necesita otro compañero, sería piola, como para no estar tan solo, por lo menos en un primer momento, y… nada, como, bueno… qué necesitás.

Mi parte preferida de la casa creo que es mi pieza, porque tiene, para mi gusto, la mejor vista de todas, la mejor ventana. Se ve un edificio en construcción. Sí, sí. Pero no sé, la ventana tiene un algo que está muy bueno cómo se ve. Además es bastante chica la pieza, y me gusta, bastante piola. También estoy mucho en la parte de adelante, que da a la calle, tiene un balconcito. A veces me siento en el balcón y puedo mirar, justo estoy en la esquina de una diagonal. Las diagonales hacen cruces entre tres calles y eso está bueno. Pasan muchas cosas.

Al estar con otro es como que la convivencia te lleva a tener que hacer cosas que por ahí en el momento no las querés hacer. Si vivís solo, como que encontrás otras libertades que no las tenés. Por ejemplo: Nacho, mi compañero, entró a la casa un mes después que yo. Y es como que antes tenía mi ritmo, yo comía cuando quería, cocinaba, limpiaba, a mi manera y a mis ganas. Y ahora es como que al convivir, nos dividimos las tareas, hay una cierta obligación.

Planchar la ropa, eso no se hace. Posta, no hay plancha en la casa. Las tareas las dividimos de acuerdo a lo que nos gusta. La parte de limpiar el baño no me gusta para nada, supongo que a nadie le gusta mucho. Pero bueno, al chabón no le gusta limpiar la cocina, así que hicimos ahí un trueque. Después él cocina, porque le gusta cocinar y cuando no tiene ganas cocino yo, y bueno, después yo barro y eso. Sacar la basura la saca él porque tengo un gran problema: me cuelgo. Me acuerdo de sacarla pero cada vez que estoy abajo y… ya estoy abajo.

La primera noche de dormir solo, que escuché todos los ruidos que nunca… es como que el silencio era… También el hecho de decir estoy fuera de mi casa, no vivo más en mi casa, esta va a ser mi casa ahora, fue alto flash. Y estaba solo, solo. A mí me gusta el hecho de vivir solo, es como que sos vos y te das cuenta ahí cuán realmente estás preparado para la vida adulta, entre comillas, ¿no? Hay cosas que no se te ocurren nunca cuando estás con tus viejos y cuando estás solo decís en dónde me metí.

—Milo, ¿sabés lo que es una mamushka? —me pregunta mi primo. Tiene once años.

Hace un rato que estamos acostados en la oscuridad de su cuarto, en silencio.

—No, qué es —le digo.

Mi primo suele tener ocurrencias que se vuelven hitos familiares.

—Es una señora redonda como una muñeca. Y adentro tiene otra.

—Ah, como una mujer embarazada.

—Claro, solo que además la hija que tiene también está embarazada y la hija que está adentro de la hija también está embarazada… es como muchas señoras embarazadas al mismo tiempo.

—¿Y no puede haber mamushkas varones?

—¿Mamushkos, decís?

Nos quedamos en silencio. Mi primo, casi dormido, balbucea algo más:

—Lo que pasa con las mamushkas es que siempre hay una más chiquita adentro. Es como que si estás adentro sos más chiquita, no podés ser más grande.

Después se duerme. La puerta del lavadero cierra mal. El viento la hace chirriar. Desde la calle se escuchan motos a toda velocidad, una ambulancia que da vueltas, unas patrullas tiran luz azul por la ventana. Los aires acondicionados de todo el edificio. El ascensor suena magnético y pesado. ¿Quién sale y entra a esta hora?

Con los ojos abiertos en la pieza a oscuras, escucho cómo mi primo, acostumbrado a los ruidos de la casa, respira suave, a veces por la nariz, a veces por la boca. Ese compás tierno me tranquiliza. Un círculo de mujeres embarazadas me rodea, se burlan de mí, me señalan con el dedo. Todas rubias y gordas, de nueve meses. Saltan y giran a mi alrededor. Me hago chiquito y pienso que debería escapar antes de volverme de madera para siempre. Todas las gordas se

convierten en madera, menos una que se me acerca. Es inmensa y yo soy ínfimo. Milo, sos mío, Milo, sos mío, derrama baba desde las gigantescas comisuras de sus labios. Me sostiene entre el pulgar y el índice, me levanta por sobre su cabeza y me suelta; caigo gritando directo hacia su boca enorme. Si no escapo, voy a vivir adentro de la embarazada rusa para siempre.

Zapiola 483, 1 amb. Int. Baño, ideal pareja

Abre un tipo que debe ser Ricardo. Todos los que alquilan departamentos se llaman Ricardo y se visten como este Ricardo. No hace falta que describa a mi Ricardo, es igual a los otros: los pelos del pecho le asoman por arriba de la chomba color salmón. Y además lo del celular: lo llaman y el tono es una canción de Arjona. Ricardo famoso se pregunta por el altavoz del celular de mi Ricardo por qué el amor es tan cruel. Mi Ricardo pone cara de perdón pero tengo que atender. Me acerco a cerrar la puerta; lo pienso mejor y la dejo abierta. Una tipa sale del baño. Ricardo le pellizca el culo con una mano mientras mantiene el celular sobre la oreja con la otra. Miro para otro lado. La cocina está incluida en el mismo espacio único. Hago tuco y me quedan las sábanas con olor a cebolla. Invito a alguien a dormir y me dice: ¿qué les pasa a tus sábanas?, me dan ganas de llorar con ese olor. Y me quedo solo el resto de mi vida. Ricardo empieza a gritar algo sobre la situación del país. La tipa se acerca con un vaso de vino. Miro por la ventana la calle tapada de autos, dos pisos más abajo. Escucho las bocinas, los frenazos, los motores rugiendo que no me van a dejar dormir. Y qué te parece el depto, pregunta la tipa. Lindo. Sí, a mí me encanta el edi, desde el sexto la vista es di-vi-na y Ricky es un bombón, se ocupa mucho de sus inquis, siempre pregunta cómo estás, está todo bien con el gas, es muy presente. Voy a pasar a ver el baño, digo. Encaro el baño pero la tipa se acerca de nuevo a la cocina y cambio de dirección hacia la puerta. Creo que podría soportar a Ricardo tocándome el culo cada vez que viene a revisar el gas, pero no el ruido ni el olor a cebolla en la ropa. Estoy por alcanzar la salida. Ricardo me mira. Freno. Qué carajo te pasa, grita. Balbuceo. Me interrumpe: no ves que sos un forro de mierda. En el piso hay unas chapitas de cerveza, me las quedo mirando. Forro, repite Ricardo. Tiene razón, pienso, soy un forro.

¡Forro, forro!, grito. Entonces me doy cuenta, le está hablando al celular. Desde el pasillo escucho a Ricardo gritar que no se puede confiar en nadie. Bajo las escaleras corriendo, salto sobre la bici y mientras pedaleo a toda velocidad pienso que no, no se puede, y menos en los Ricardos.

Mi hermana canta una canción de Radiohead que le enseñé en la guitarra. Desde mi cuarto, al otro lado del pasillo, la escucho rasguear distinto a como le indiqué que tenía que hacerlo para que sonara bien. Tiene un estilo propio. El sol entra por la ventana y proyecta un rectángulo naranja en el suelo. Estiro mis pies hacia la luz para que se calienten.

En la calle suena una bocina. Es papá, lo sé por la forma de tocar. Levanto las manos del teclado. Ruido de llaves. Ruido de puerta. Ruido de bolso que cae al suelo. Papá grita como si estuviera en una serie de televisión: hola, familia, ¿quién anda ahí? Me tiro de mortal en la cama y respondo: ¡hola, pa! Un poco después saluda mi hermana; toca unos acordes en la guitarra e improvisa una canción de bienvenida: prepárese, señora; prepárese, señor, que entró a la casa el gran director. Hoy canto unas coplas porque estoy contenta, aunque puede pasar que me olvide la letra. Eso último no rima, corrige mamá desde el living. Hace horas trasplanta suculentas de frente al ventanal. Mi hermana se ríe fuerte y admite el desacierto.

Esas imperfecciones la convierten en una artista. A papá le encanta escucharla, siempre pide una más. Hay veces, cuando termino de tocar el piano, que papá hace un comentario, algo como: muy bueno, o: hermoso lo que tocaste. Es un comentario casi distraído, como dicho desde otro lado, mientras lee algo o a medio camino de quedarse dormido en el sillón. Yo no sé si papá está en otra y se esfuerza para comentar algo o está totalmente inmerso en la escucha pero se hace el distraído para no demostrar su emoción. En parte, toco para ese comentario, para todo lo que papá no se anima o no sabe decir y esconde en una frase simple que apenas merece lo que acabo de tocar. Qué tonto sería que papá se emocionara de verdad con las cosas que hago y no dejara que la emoción se viera.

Acostado en la cama, miro por la ventana el árbol de mi jardín. El

viento sacude la punta de un lado para el otro y pareciera que me está saludando. Le devuelvo el saludo. El sol está cada vez más naranja y cada vez más débil.

Ruido de microondas. Ruido de cuchara en el borde de una taza. Papá se preparó un café y está sentado en el piso del cuarto de mi hermana, escuchando cómo toca un trasandino popular anónimo. Yo escucho desde la cama con los ojos cerrados. Meto una mano bajo la almohada. Entre la tela y las plumas, siento una textura extraña: papel. Levanto la almohada y descubro la pregunta: ¿por qué te vas? No entiendo quién escribe los mensajes ni por qué juega a esconderlos por toda la casa. Todavía está iluminada la habitación de mi hermana, pero la mía, que da al este, está en penumbras.

Me despierto con un ruido, es de noche, alguien abrió la puerta y sacó la bicicleta a la calle. Todavía dormido, susurro: ¡nos vemos mañana, pa! La puerta se cierra, la bici se aleja y todo queda en silencio.

Calzas naranja

La primera vez que vi a Tatiana, yo estaba tirado en el suelo abrazado a otra chica y ella tenía puestas unas calzas naranja que brillaban en la oscuridad. Ella hablaba y los sonidos llegaban a medias, interferidos por la fiesta y el alcohol. Tatiana contaba algo de un circo, yo hice un chiste sobre enanos y elefantes que ya no recuerdo. De alguna forma conseguí su celular y le escribí para encontrarnos. En el mensaje dije que no me podía sacar de la cabeza sus calzas naranja. Quedamos en ir al teatro. La vi llegar con un pantalón negro sin ningún brillo, aunque era más linda de lo que la recordaba. Después de la obra tomamos cerveza, bailamos en la calle, me senté en la vereda y ella encima: ey, chetito, te vas a manchar los pantalones. Le dije que no creía en las etiquetas y que si ella sí creía, estábamos mal porque los prejuicios son lo peor que hay. Nada que ver con nada. Ella se rio: no creés en las etiquetas pero usás ropa de marca. Le respondí algo tonto y nos besamos. Nos subimos a la bici y fuimos hasta su casa; ella sentada de costado sobre el caño, yo pedaleando con las rodillas separadas, como un payaso. En la cocina de su casa, me incliné sobre la mesada para agarrar un destapador y ella me abrazó desde atrás. Me quedé mirando la esponja llena de espuma como si fuera lo más hermoso del mundo. Me di vuelta, la besé en el cuello y le saqué la remera. La primera vez que le vi las tetas a Tatiana fue en la cocina. No tiene nada de especial pero por alguna razón me parece poético recordarlo así. Llegamos a su cuarto dejando un rastro de ropa en el camino. Me sobrepuse a mi vergüenza y me saqué el calzoncillo. Acostados en la cama, viéndonos con alguna luz que entraba por la ventana, nos acariciamos durante horas, hasta quedarnos dormidos. Las calzas naranja estaban colgadas de una silla y no iluminaban la oscuridad. Tatiana era la que brillaba.

Ordeno. Clasifico libros, ropa, películas. Perdidos, durante años, en distintos huecos de mi habitación encuentro objetos cargados de imágenes. Escenas vibrantes ocultas en cosas sin valor; recuerdos de la infancia y la adolescencia.

Pienso en la posibilidad de regalarlos, pero me parece absurda la idea de que alguien pueda alegrarse al recibir un muñequito despeinado, unas calzas gastadas o una botella vieja con supuesto perfume de eucaliptus. Pienso en tirarlos y ya, pero la imagen del camión de basura llevándose mi infancia me pone triste.

Quizás lo que de verdad necesito es lo único que no me puedo llevar. ¿O qué sentido tendría? Tengo que dejarlos acá.

Mercedes. 25 años. Economista

Yo nunca hago la cama. Jamás.

Sabés qué, Milo, yo quiero caer de after a las diez de la mañana y que nadie me pregunte qué mierda hice. Caer re loca, pasada de falopa, no, mentira, con veinte pibes alrededor mío, minas, travestis, lo que sea que venga, lo que venga, no importa, y que nadie me diga qué hiciste ayer a la noche. Eso quiero. La verdad, eso quiero.

No sé por qué me pregunta. Yo creo que más para saber que para controlar, porque a esta altura, si es para controlar, estás al horno. Sí, como para generar un vínculo, pero también… generar un vínculo a esta altura, viste… si no pasó, no pasó.

Después decís: voy a llegar y nadie me va a hacer la comida. Es muy de niña lo que digo, pero te lavan la ropa, no te tenés que hacer cargo de algunas cosas, llegás y está todo perfecto.

Mi hermano se fue ahora mucho tiempo de viaje y le estuve usando la casa. Estaba re tranca. Pero, boludo, a veces era, claro, quiero comer una lechuga, y vos comprás lechuga y se te pudre. No es tan fácil administrarse la vida.

Ponele que llega a aparecer una cucaracha, ¡no sé qué hacer! No sé qué hacer, boludo. Me da mucho miedo. No, nunca pude matarlas. No sé, siento que me tendría que ir de mi casa. Por eso necesito vivir en edificio, lo más alto posible. Porque llegan menos las cucarachas.

Una vez estaba en la casa de mi hermano. Estaba esperando a un chabón, tres de la mañana, tocan el timbre y yo digo ah, bueno, voy, miré por el portero y vi que no había nadie. Claro, tipo, no había nadie. Y de repente le digo al pibe, tipo, che, ¿vos estás cerca?, y me dice no, no salí todavía. Ah, listo. Agarré el auto y me volví a mi casa. Es que yo, me da más miedo, como, los fantasmas que las personas reales. Súper delirante el miedo pero es ese. Me fui a mi casa. Y le dije no vengas, me voy, chau. Aparte tardó mucho. Me fui. Y yo dije, eso,

en otro momento, ponele que yo realmente estaba viviendo sola, como que no podría agarrar e irme, qué voy a hacer.

Yo como que juego a vivir sola desde que tengo cuatro años, entonces es como que, literal, boludo, siempre quise vivir sola. Necesito estar sola. De hecho, sé que tal vez vivir con Juano sería mucho más redituable, pero no por un proyecto a largo plazo tipo casamiento sino porque él ya vive solo… En Belgrano. Sí, hay lugar para los dos, pero… pero yo necesito estar sola. Quiero estar sola. Me gusta estar sola. Tener mi espacio. Sin presencias de ningún tipo. Ni insectos ni fantasmas.

En el living, papá escucha temas que va a usar en algún espectáculo y marca los tiempos en voz alta para imaginar las coreografías. Se escucha una música experimental y por encima una cuenta rítmica y constante: un, dos, tres, cua, cinco, seis, siete, ocho, un, dos, tres, cua, cinco, seis, siete, ocho.

Un. Es domingo a la tarde. Armo una lista de música y la titulo "lista rock-flashera para tener buenas ideas".

Dos. Abro un "nuevo documento en blanco". Pienso que Word podría haberle puesto otro nombre: nuevo proyecto exitoso, nuevo cuento ganador, nuevo el mundo a tus pies.

Tres. Releo mi cuaderno de notas. Ninguna idea genial. Nada relevante salvo una tarea para esta semana. Anoto: planificación taller de teatro segundo cuatrimestre. Abajo escribo la palabra ejercicios y pongo el primer guion para inaugurar una "lista de ejercicios para entrar en calor en la clase de teatro".

Cua. Miro departamentos en alquiler cerca del trabajo. Los precios son más altos de lo que gano como docente. Copio los links de las opciones más baratas. Abro un nuevo documento en blanco y armo la "lista de posibles departamentos para mudarme solo".

Cinco. Mamá está sentada en la cocina con los pies arriba de la mesa, lee un libro que le presté, el celular encima de las piernas y el whatsapp abierto. Un té con leche apoyado en la mesa se enfría de a poco.

Seis. Por la ventana se ve el árbol de mi jardín. Cada vez tiene menos hojas. El viento mueve sus ramas secas de un lado al otro.

Siete. Mi hermana entra al cuarto y discutimos una película de Kim Ki-duk. Mi parte preferida, le digo, es el principio, cuando el protagonista se mete en las casas ajenas y vive de prestado sin que lo descubran. A ella le gustaron más los fragmentos oníricos en los que el chico se convierte en una especie de fantasma. Le gusta que no se

defina si está realmente ahí o si está muerto. Para mí no está muerto, le digo. Mi hermana vuelve a su cuarto y afina la guitarra.

Ocho. Canta una canción en inglés que no conozco. Es romántica, pero no melancólica. Mi hermana no le erra a las notas ni se le quiebra la voz.

Un. Papá silencia su track experimental. Imagino que escucha a mi hermana con los ojos cerrados. Mamá pasa las páginas del libro sin hacer ruido. Mi hermana rapea y termina la canción. La casa queda en silencio. Siento el impulso de aplaudir. Frente a mis ojos, un “nuevo documento en blanco”. En blanco.

Bajo las escaleras corriendo, agarro la bici, abro la puerta. Escucho a mamá saltar de la silla. El gato del vecino se pasó a nuestro jardín y tiró al piso una de sus macetas. Me subo a la bici y empiezo a pedalear. Mamá corre hacia la ventana y golpea el vidrio con el puño cerrado:

—¡Salí de acá, gato de mierda!

Estomba 2631, 1 bañ, 2 hab., coc. Impec! T/luz y sol!

—Qué te pasa, tarado —me dice Rocío y su voz retumba en el silencio del ascensor.

Habíamos quedado en encontrarnos a las seis en la puerta del edificio, pero llegué quince minutos tarde y me costó encontrar un poste seguro para atar la bicicleta. Rocío tuvo que esperar en la calle. Cuando la saludé puso cara de llegás tarde y tengo frío por tu culpa.

Esperábamos en la planta baja y salió una chica con calzas de colores que nos sonrió a los dos. Rocío no le devolvió el saludo. Ahora me pregunta si me gustó la vecina. Revoleo los ojos, me muerdo el labio de abajo y niego. Ella resopla. El ascensor se abre en el sexto y caminamos hasta el D. Abre una Ricardo versión mujer. Con sonrisa de dibujito animado nos invita a pasar.

El ventanal da a una plaza. Tomo mate a la mañana y miro cómo se mueven los árboles con el viento. Un rayo de sol calienta la casa. Un pájaro se posa sobre una rama y silba. Le respondo el silbido. Se pone a silbar una canción de Madonna. Abro la ventana y entran un montón de pajaritos. Silbamos y cantamos todos juntos, bailamos, tomamos mate, se arma todo un musical y salgo volando por la ventana cargado por los pajaritos que me sacan a pasear por la ciudad.

Ricarda sonriente me toca el hombro. ¿Seguimos?

No la veo a Ro en ningún lado. En el dormitorio también hay una ventana que da a los árboles del parque. Un pájaro se posa en una rama y me guiña el ojo. No puedo, tengo que encontrar a Rocío. El pajarito me mira con odio y levanta vuelo. Golpeo la puerta del baño.

—Qué.

—¿Qué qué?

—Nada.

—Dejame entrar, dale.

Abre apenas y la veo por el espejo sentada en la tapa del inodoro. En el reflejo también estoy yo. Me veo sonriente, excitado. Acaricio con un dedo el rastro de rímel sobre el cachete izquierdo de Rocío. Corto un pedazo de papel higiénico y me limpio el dedo manchado de negro. Me sueno la nariz con el mismo papel. Rocío cierra la puerta y me empieza a dar besos en toda la cara.

—Cuando te mudes me vas a dejar.

—Estás loca, Ro.

Tiro el papel con mocos al tacho de basura, pero golpea el borde y cae afuera. Veo frente al espejo unas botellitas de shampú como si estuviéramos en un hotel. Rocío me mete la lengua en la oreja.

La Ricarda con sonrisa de dibujito animado nos espera afuera. Pero ya no sonríe. Contiene la impaciencia apretando los labios.

—Me encanta el departamento, creo que lo quiero —digo.

—¿Sí? —Su cara se anima de vuelta.

—Sí, estoy seguro. Lo quiero.

Sentate, por favor, me dice papá. A veces es tan protocolar que asusta. Me dijo mamá que te querés mudar solo, dice. Ya está, pienso, ya está dicho y vamos a poder hablar con honestidad y resolver todo lo que haga falta. Pero papá se queda callado y me mira con esa cara seria que no entendés si está enojado para siempre o está por decir algo dulce y tierno.

Es sobre todo para estar más cerca del trabajo. Yo estoy cómodo con ustedes, amo la casa y la tranquilidad de la calle, mi cuarto y mi cama. Obvio que hay algunas cosas que creo que van a mejorar si me voy. ¿Qué cosas? Cosas. Sí, lo pensé, lo pensé muy, demasiado bien. Es un buen momento para irme antes de que sea demasiado tarde y me quede a vivir con ustedes para siempre, ja, ja, ja. No, ya sé que no es gracioso. No querría quedarme para siempre. Para nada, no hay ningún problema con ustedes, es solo que… Ya sé que por ustedes está bien que me quede, eh. Yo también me quedaría. Ustedes son geniales. Pero también está bien que me vaya. Me parece. No sé. No pensé en ningún lugar, no. O sea, sí, quiero estar cerca del trabajo. Es caro, sí, ya sé. Me gustan más otros barrios pero ya me alejo mucho, para eso me quedo acá. No, no averigüé. Pensé que ustedes podían ayudarme con eso. A buscar. Algo voy a encontrar. Ni idea cuánto sale un alquiler. No, ni idea. No, no, ni idea. Eso tampoco. Es verdad, pero. Sí, es verdad. Tenés razón. Te estoy escuchando, pa. Me callo y escucho, no grites, ¿dale?

Me vibra el celular en el bolsillo. Número desconocido. Lo guardo. Papá dice que, si quiero, puedo irme. Si es que puedo pagar todos mis gastos. Dice que ellos no me van a pagar nada. ¿Por qué siento que se desarma algo adentro de mi cabeza? De la nada, tengo que empezar a trabajar para vivir. Todo depende de mí.

Me vuelve a vibrar el bolsillo. Desconocido de nuevo. Pido disculpas, subo a mi cuarto, cierro la puerta y atiendo. Es la Ricarda

sonriente:

—Cómo va, Milo, quiero saber si te decidiste.

—Sí, sí, me decidí.

—Bien, bien, buenísimo, me alegro.

—Tengo una pregunta, ¿tiene el calefón adentro?

—¿Cómo adentro? Sí, vos lo viste ya.

—Sí, pero me olvidé de mirar eso, ja.

—Bueno, necesito que hagas el depósito, mirá que tengo a mucha gente que lo quiere.

—¿Mucha gente?

—Bueno, mucha gente no, pero te digo la verdad, hay un tipo que está muerto por el depto.

—Yo, yo estoy muerto por el depto.

—Bueno, buenísimo. Vení entonces a dejar la seña a la oficina, anotá: Echeverría, tres, dos, ocho, ocho. Milo, ¿anotaste? Te espero mañana, ¿sí?

Augusto. 25 años. Estudiante de Economía

No, falta… Ya te dije, boludo, quiero que defaultee todo, así es más barato. Mi teoría es que si este año sigue mal el déficit comercial, van a faltar divisas. ¿Qué? Sí, lo voté. Y bueno. Yo apoyo a las minorías.

No, Milo, no solo por eso. Pero si este año el déficit comercial cierra mal y el año que viene sigue mal, o sea, chau, o sea. Tienen que ser cambios muy estructurales para que eso no pase. Y a largo plazo. Pero, Milo, esto le hubiera pasado a cualquier gobierno. Viene pasando en todos los gobiernos. Bueno, boludo, no, si faltan divisas, tipo, en algún momento va a explotar por algún lado, si faltan dólares…

No, más allá de eso, la razón es la siguiente: los precios de las propiedades subieron veinte por ciento en dólares…, qué te reís, boludo, qué querés que te diga. Boludo, yo tengo una plata que la tengo y la tengo hace un montón. Y al mismo tiempo, tengo un quilombo con mi viejo… una sumatoria de cosas y no me recibí, que hace que no compre en este momento. En un año, por ahí, compro. ¿Por qué? Y, porque mi vieja me da una guita, más la que tengo yo y tengo para comprarme. Yo, alquilar, jamás.

¿Por qué quiero irme a vivir solo? No, porque es el estatus quo de la sociedad. Esa es la respuesta. Mi vida estuvo destinada siempre a que en algún momento iba a suceder esto.

No, yo estoy muy cómodo. Sí, pero igual, mi vieja en algún momento, si me da guita, supongo que quiere que me vaya a la verga. Y más que soy un pajero de mierda. No, porque también, una de mis condiciones para mudarme es, tipo, tener buen ingreso, no voy a ir a vivir como… supervivencia. El estilo nunca hay que perderlo. Viaje, auto, alguien que me ayude con la casa, que alguien venga a limpiar y cocinar. Comer cuando me pinta, salir cuando me pinta.

¿Con Robi? Hoy, desde un neutro, te digo que en una primera instancia no, porque me gustaría vivir solo, tipo, por lo menos

conocerme como soy viviendo solo que debo ser un desastre, y después someterme de última. Y, porque yo soy un desordenado, la flaca es re ordenada y tengo que, seguramente, ser más ordenado. Pero después viste, los sentimientos te llevan y qué se yo.

Estoy diciendo lo que la gente no se anima a decir, ¿no?

Mi silencio es el sonido, dice mamá, y mira por la ventana mientras maneja. Vamos juntos al trabajo en su auto desde que perdí la bicicleta de la familia. La que siempre habíamos tenido, la que nos turnábamos para usar mi hermana, mis padres y yo. La rotación nunca fallaba: el que la necesitaba la tenía. Lo que más me angustió de perderla es haber desarticulado ese engranaje familiar. Mi silencio es el sonido. Pienso que está haciendo un chiste porque nunca habla así.

—¿Por qué decís eso?

—Y, porque tengo este ruido en la oreja.

—¿Qué ruido, ma?

—Todo el tiempo escucho un ruidito. Si no escucho algo más, escucho eso.

—Y por qué no te hacés ver.

—Me lo hice ver. En esa época no había resonancias y me dijeron que no era grave, que me quedara tranquila. Si voy ahora, me van a decir que vuelva una vez por año o que me tengo que operar y la operación es peligrosa, una amiga mía se la hizo y yo vi cómo quedó.

—¿Desde cuándo lo tenés?

—Desde los veintitrés.

Mi vieja escucha un ruido en la oreja desde hace treinta años. Desde cuando era más chica de lo que yo soy ahora. No sé qué pensar. Quizás nunca me escuchó de verdad. Lo que sabe de mí, lo inventa o lo deduce. ¿Le preguntará a papá, antes de dormir, nuestras ocurrencias, nuestros enojos, las cosas que dijimos durante el día?

Botellita con perfume de eucaliptus

Las hojas de eucaliptus son largas y gruesas. Los frutos tienen un agujero con forma de estrella de mar por abajo, y por arriba parecen carpas. Las flores de lavanda son mis preferidas, me gusta el olor y la forma que tienen y son fáciles de arrancar. La mamá de Nicolás sugirió que hiciéramos perfume y nos enseñó cómo: había que poner alcohol etílico en un vasito y llenarlo de flores y plantas; después, pasarlo a botellitas de shampú vacías y venderlas a los huéspedes. Yo había recolectado suficiente, pero Nicolás caminaba desconcentrado y retorcía cada tanto alguna hoja. Tenía doce años, dos más que yo. Nos habíamos conocido durante las vacaciones de verano y nos propusimos ganar plata para jugar en las maquinitas del hotel. Siguiendo el camino de plantas llegamos frente a la recepción, donde estaban el salón de juegos, el comedor, las computadoras con internet y los baños. Nicolás encaró la puerta. Yo le dije que todavía faltaba juntar bastante, pero él entró y lo seguí. Vamos a ver qué están dando, dijo. En la sala de cine pasaban películas, aunque nosotros nos sentíamos grandes y casi no íbamos a las actividades recreativas.

Abrimos la puerta. Adentro está todo oscuro y la pantalla prendida. Siento que algo está mal, que no deberíamos estar ahí, algo del silencio que había cuando entramos me pone de golpe nervioso. Nicolás espera a que yo entre y cierra la puerta. En la pantalla hay un espacio enorme y blanco que parece un hospital, camillas o delantales colgados de las paredes. En el centro del espacio, una mujer en cuatro patas, desnuda. Un hombre, también desnudo, la penetra agarrándola por atrás. Me doy vuelta e intento salir, pero Nicolás se apoya fuerte contra la puerta y no me deja abrirla. Pará, miremos, dice en mi oído. Escucho los gemidos de la mujer y miro la pantalla. Siento una mezcla de terror, excitación y vergüenza. Algo blanco sale, no sé si del pito del tipo o de la boca de ella o de dónde. No estoy seguro, pero creo

que en la sala, oscura, hay otros espectadores. ¿Qué hacen ahí? Vamos, por favor, le ruego a Nicolás.

Volvimos corriendo a la habitación. Antes de entrar, frené y le pedí a Nicolás que no dijera nada de lo que habíamos hecho. Me dijo que no, obvio, pero lo primero que hizo cuando mi mamá abrió la puerta fue contar todo. Ya no me acuerdo la cara que puso mamá, ni los detalles de lo que contó Nicolás. Estaba ocupado poniendo un fruto de eucaliptus en cada vasito con alcohol.

Estoy parado en la puerta de casa frente a un pedazo curvo de metal incrustado en la pared. Es el gancho que hizo poner mamá para colgar la bicicleta, atrás del portón que nunca cerramos con llave. La única vez que la bici estuvo colgada de ese gancho fue cuando me la robaron. Qué manera idiota de perder una bicicleta. Llegué a casa cansado y sin fuerzas para subir las escaleras con la bici al hombro. Pensé: la dejo un rato colgada, escondida atrás del portón, hasta que lleguen mis papás y la entren a casa. Pero eso nunca pasó, porque apenas entré, alguien abrió el portón sin llave y se llevó la bicicleta.

Dejo de mirar el gancho en la pared y meto la mano en el bolsillo. Saco un papel, tres billetes de cinco y el celular, que acaba de vibrar. Es un mensaje de la Ricarda sonriente: Milo. Gracias por acercarte a dejar la seña, ya registramos la reserva. Arreglemos cuanto antes para firmar el contrato y que pagues el primer y el último mes.

Tengo la sensación de haber caído en una trampa de mis padres. Fueron ellos los que durante doce años mantuvieron sin llave el portón que da a la calle. Me hicieron creer que daba igual si estaba abierto o cerrado, total nadie iba a entrar. Crearon un castillo de falsa confianza que se vino abajo a la primera en que me apoyé en él. Lo correcto sería comprar una nueva bicicleta. ¿Cuánto puede llegar a costarme?

Escribo una respuesta: Ok, gracias a vos, apenas pueda, voy a pagar. Miro, en la otra mano, el papel que encontré en el bolsillo. Lo doy vuelta y leo: ¿por qué te vas? Le pego un golpe al gancho y me lastimo los dedos.

El reloj de Ópapa

Cuando salí de la clase de teatro, el cielo estaba gris. La tormenta parecía inminente. Miré el reloj que había sido de mi bisabuelo. Me sentí grande.

Eran las diez y cinco de la noche cuando tomé el colectivo. Tenía en el celular un montón de mensajes y llamadas perdidas. Antes de entrar a la clase, había llamado a mi amigo Ulises. Mis papás están de viaje, le dije, podemos hacer una fiesta en casa, pero yo estoy entrando a teatro así que organizala vos, invitá a quien quieras. Mientras yo ensayaba una tragedia de Shakespeare, Uli invitó a todo el curso y hasta a algunos chicos más grandes.

A las once menos tres minutos llegué a casa y ya me esperaba un grupo tomando cerveza en la puerta. Entramos y pusimos música. No paraban de caer invitados. Un éxito.

A las doce y diecisiete minutos, mis amigos salieron al jardín, se bajaron los pantalones, se treparon a mi árbol preferido y cantaron revolución, revolución. A la una menos cinco, dos chicos y una chica se encerraron en el cuarto de mi hermana y varios otros se amontonaron frente a la puerta y jugaron a adivinar qué pasaba adentro. A las dos y veintidós una pareja entró al baño, salieron a las dos y treinta y ocho. Alguno que entró después encontró un preservativo abierto, pero no usado, y se lo contó a todos. A las tres y veintinueve llegó mi tío, que vivía a una cuadra, y nos sorprendió sentados en la vereda fumando cigarrillos. Entró a la casa, se llevó las botellas de cerveza, dijo: Milo, esto es un quilombo, y salió. Empezó a llover y la casa quedó vacía. Me miré la muñeca: las cuatro en punto. Me puse el pijama sin sacarme el reloj y me acosté a dormir.

Me despertó la alarma antes del mediodía. Limpié y ordené todo y fui a ver a mis abuelos, como todos los sábados. Qué estupidez lo que hiciste, chilló mi abuela, no sabés que el olor a cigarrillo no sale.

Cuando se dio vuelta, me olí las manos. Durante el almuerzo, mi abuelo contó que, al nacer mi mamá, él decidió dejar de fumar. No quería que se me acabara el tiempo de estar con los que amo, dijo.

Yo esperaba que mi tío o mis abuelos me delataran, pero mis padres volvieron de su viaje y no dijeron nada. Fantaseé con salir indemne de la travesura.

El viernes siguiente había arreglado para dormir en lo de Federico. Salí de la clase de teatro y vi estacionado en la puerta el auto de mi papá. Me subí al auto en cámara lenta. Pa, hice programa con Fede. No me importa, gruñó, vamos a casa. Todo el camino lo hicimos en silencio.

Cuando llegué a casa, mamá estaba llorando. Dame el reloj de Ópapa, no quiero que lo uses, me dijo. Él estaría avergonzado de vos.

Me estoy afeitando y mi vieja grita desde el piso de abajo:

—Milo, ¿dónde estás?

—Acá arriba —casi susurro.

Ella, no sé cómo, me escucha. O tal vez responde sin haberme oído.

—¿Qué hacés?

—Me afeito —contesto resignado.

Escucho sus pasos en la escalera. Cuando ya me esparcí bien la espuma por la cara, mi mamá entra al baño y se acerca al espejo. Sigo afeitándome. Ella suspira:

—Me encantaba ver a mi papá afeitarse.

Le estoy por preguntar por qué habla en pasado, si el abuelo sigue vivo y todavía se afeita. Ella dice:

—Me gusta el ruidito.

Por un segundo me confundo y no entiendo de qué ruido habla mamá. Cuando me doy cuenta, imito con la boca el sonido de la afeitada. Es estúpido porque ya estoy haciendo ese sonido cada vez que paso la gilet por la piel. Lo hago para que sepa que la estoy escuchando.

—Me acuerdo la primera vez que te afeitaste… —empieza ella sin cerrar la frase.

Me hace elegir si quiero escuchar o no. Muerdo:

—¿Ah, sí? ¿Cómo fue? —aunque ya sé la historia.

—Llegamos a casa y te habías afeitado. Ni bigote tenías, una pelusa. Y vos todo contento bajaste a abrirnos la puerta. Tenías restos de espuma en el cuello y un cortecito arriba del labio y sonreías un montón. Y nosotros…

—Por qué decís nosotros —la interrumpo.

—Papá y yo.

—Papá no estaba.

Me acuerdo bien, me afeité sin su ayuda. Mi mamá sigue:

—Es cierto, no estaba. No nos esperábamos que te afeitaras, si ni bigote tenías. Y menos que lo hicieras solo, así de repente. Creciste sin avisarnos.

La espuma me hace arder la piel. Lisa, con olor a menta. Bajo la cabeza. Dejo correr el agua por el cuello y el cachete. Mamá estira la mano y me acaricia los pelos de la nuca. Sigo agachado aun cuando ya el agua lavó toda la espuma.

Bonpland 1622, 1 amb., contrafrente. T/nuevo, excel distrib.

Un monoambiente a estrenar. Moderno. Las paredes son blancas. No sé qué más mirar: es un espacio tan vacío que desapareció el motivo para estar acá.

Mi viejo tomó el turno y me reenvió un mail con la confirmación unas horas antes de la cita, sin darme tiempo para cancelar. Ni siquiera se ofreció a acompañarme. Ahora un nuevo Ricardo mira intrigado mi cara inexpresiva, esperando quizás que le pregunte cuándo es lo más pronto que puedo mudarme.

Entro al baño escoltado por el Ricardo, que mira fascinado cómo miro cada cosa. El separador de la ducha es de vidrio. Me estoy bañando, cualquiera entra y me ve desnudo. Me pongo nervioso, me patino con el jabón y me rompo la cabeza. No sé qué hago acá. Ya encontré el departamento ideal y pagué la seña. No quiero seguir buscando. Todavía no les dije a mis viejos. La cama es moderna, el colchón montado sobre una estructura de acrílico. Intento disimular, pero me parece que el Ricardo se da cuenta de que no me gusta. Todos ven siempre lo que me pasa. La cocina tiene alacenas de madera blanca con ventanas redondas y el interior hueco. Abro y cierro los cajones vacíos que se deslizan emitiendo un chirrido metálico. El Ricardo ni se inmuta.

—¿Y ese ruido? —le pregunto.

—¿Qué ruido?

—Este, este ruido —abro y cierro los cajones con más fuerza—. ¿No lo escuchás?

—Ya sabe, todo se arregla con WD-40.

—No todo, eh, no todo se arregla con WD-40 —gruño, sacudiendo los cajones.

Me vibra el celular en el bolsillo. Es un mensaje de la inmobiliaria:

Milo, si no venís a firmar el contrato vas a perder la reserva.

El Ricardo aprovecha que solté los cajones y me pregunta:

—Entonces, ¿quiere que le muestre la terraza?

—No, no me gusta el departamento.

—Buenísimo, pase a dejar la seña en planta baja.

Intento descubrir si me hizo un chiste o escuchó mal o qué. Tiene la mueca intacta. Nunca vi a nadie sostener tanto tiempo una expresión. No mueve un músculo. Guardo el celular en el bolsillo y miro fijo al Ricardo expectante. El primero que pestañea pierde.

Tengo ganas de llorar.

Ulises. 24 años. Sociólogo

Te querés ir, es así, te querés ir, vos también, Milo, nos queremos ir. Porque tengo veinticuatro años. Necesito madurar, ese click. Madurez. Es un salto que hay que dar. El gran salto adelante de Mao, no…, el gran salto adelante de Uli: mudarse solo.

También para tener la libertad de hacer lo que quiera. Una de las razones. Ahora yo no estoy de novio, es un tema. Sí, está buenísimo, pero es un tema, no vivir solo. Y eso que yo vivo en el lavadero, nadie se entera. O sea, la semana pasada y la anterior vino esta piba a dormir a casa, porque mis viejos no estaban, pero todo por atrás.

¿Cuáles son las razones? La total libertad y el salto madurativo, no sé si hay otras. Son esas dos.

Pará. ¿Puedo tirar algo? Estas son las razones por las cuales sí. ¿Cuáles son los miedos de irse a vivir solo? Yo tengo un montón, eh. Un montón. Mi máximo miedo, por ejemplo, tremendo: la soledad. Yo no puedo estar solo. Llegar y que no esté Bauti boludeando, un perro que mea por todos lados, mi vieja haciendo algo, mi viejo ahí… me muero. ¿Qué hago solo? Me muero.

Pero necesito mucha gente yo, no un amigo. Mucha gente. Yo necesito ver a Bauti, a Carito, a mamá y a papá, a los cuatro necesito ver. No, pero estoy diciendo, es mi miedo: mi soledad, estar solito ahí un domingo.

Sí, ayer hablé todo el día. Por eso es muy, re fresco, está pasando ahora. Nada, le dije, mirá, pa, ¿te va este departamento?, y ahí me hizo toda la cuenta y me engatusó. Sí, miramos departamentos juntos, me dijo miremos porterías que son más baratas. Por un lado tiene razón, yo no estoy totalmente decidido a irme. Pero por el otro… tiene un poco de razón en lo que dice.

Y sí, mirá las cuentas que hago, lo tengo todo pensado. Sí, tengo que ganar diez mil pesos más para poder mudarme. ¿Ahora? Veinticinco.

Y… yo quiero un dos ambientes en Coghlan, con todo listo, y comer lo que como, hacer todo lo que hago, que hago muchas cosas caras. Pero pensá en términos de porcentaje, más de la mitad se te va en alquiler. Es una locura. O sea, vivís para el alquiler, trabajás para tu alquiler. Tengo un proyecto paralelo, de vender arroz especial, que, por ejemplo, este mes gano diez mil pesos más, pero el mes que viene, no sé. Necesito más curritos, currito, currito, dos, tres lucas, dos, tres lucas, de eso. Vos pensá en la sabiduría que es lo que vos tenés. Yo lo único que puedo pensar es vender alguito.

Mamá no está en casa. Se fue a hacer un estudio. Tal vez quiera resolver su ruido en la oreja. Voy a interrogar a papá y averiguar todo lo que sabe sobre los ruidos de mamá.

Entro a la cocina. Mi hermana está sentada con papá, le enseña a usar su nueva tablet. Se ríen porque a papá no le sale tocar una letra sola y escribe palabras deformes. Mi hermana le saca la tablet y escribe las palabras que él no puede escribir.

Mamá y yo tenemos esa relación, pienso. La misma afinidad. Pero mamá no me escucha. No me conoce.

Abro la heladera y saco un sifón. Pegado con cinta encuentro un papel blanco: ¿por qué te vas? Lo despego y miro a mi viejo. Quiero ver si se hace cargo del jueguito de ir dejando papeles por la casa. Nada. Y eso que sabe que agarré el sifón donde pegó el mensaje. Me sirvo soda haciendo mucho ruido y los miro reír. Ahora aprende a sacar selfies. Se sacan una mostrando la lengua y otra en la que hacen un puchero. Trago la soda demasiado rápido. El frío y el gas me hacen doler la garganta. Los siguientes dos vasos de soda, ellos ni siquiera me miran. Mejor. Salgo de la cocina y mi viejo me llama:

—Te olvidaste la soda afuera. Se va a calentar.

—Es invierno, pa.

Cartuchera carnívora

Rodri Costa era el mejor de la clase y ni siquiera quería serlo. Le salía solo, sin intentar. Cuando contaba historias, se armaba un grupo de gente alrededor. Se quedaban escuchando, atentos, las cosas que inventaba. A veces eran interesantes y otras no tanto, pero, de alguna manera, siempre lograba engullirlos a todos con su relato. En las clases de teatro del colegio, todos se ponían expectantes cuando Rodri pasaba a actuar. Lo que yo hacía no le interesaba a nadie. Pero yo no quería ser actor, no sé por qué me molestaba tanto.

Empezamos a preparar la muestra de fin de año. La propuesta de los profesores era hacer una historia de alumnos en una escuela de monjas, algo que a mí me sonaba a telenovela tipo Chiquititas. Me parecía ridículo y me daba vergüenza. Decidí trabajar solo. No sé cómo se me ocurrió una historia en donde un paciente le contaba a su psicólogo que la cartuchera le había mordido el dedo. Escribí el texto y lo ensayé en clase, durante meses, sin apoyo o expectativa por parte de los profesores ni de mis compañeros. Usé una cartuchera de tela verde y cierre dentado que encontré en casa.

Hicimos una muestra de las obras para los chicos de otros grados. Presentaron la escena de las monjas, que se había convertido en la mierda que presagiaba ser desde el comienzo. A pesar de eso, Rodri brilló y todos se rieron mucho. A lo último pasé yo. Ya todos estaban cansados. No esperaban que lo mío fuera interesante, pero la escena de la cartuchera tuvo éxito, se la consideró algo profundo e intelectual y se comentó durante meses en los pasillos. Se comió la muestra, decían todos en chiste.

Unos meses después, los más grandes del colegio prepararon una fiesta para recaudar plata y me invitaron a presentar la cartuchera carnívora. Vinieron mis papás. Había clima de fiesta, todos charlaban y comían sanguchitos. Cuando salí a escena, algunos miraron, pero

casi nadie se acercó. Me senté en la posición en la que arrancaba el monólogo y esperé. De a poco mi quietud fue incomodando al público y, un rato después, el salón de actos entero estaba en silencio.

Mamá me recibió con un abrazo. Cuando nos separamos, vi que estaba llorando.

Federico. 25 años. Estudiante de Ingeniería

Lo que a mí me rompe especialmente las bolas es el tema de dar aviso si voy a casa. Yo duermo con mi hermano en el cuarto, entonces no puedo, ahora que estoy de novio, tipo, viene mi novia y, tipo, es medio extraño.

El tema es que mi hermano es de esos que, como que se atragantó con el ronquido, le pasa eso, duerme profundo, habla dormido y es muy divertido, yo le dije a Camila que lo trate de hacer, estoy ahí y le hablo y él responde, es muy divertido. El tema es que hay que agarrarlo bien, porque hay veces que aparece en la superficie del sueño y como que se te pasa, se te pasa, tenés que agarrarlo justo, me pasó dos veces que lo agarré bien y que le dije: Manu, ¿qué estás diciendo? Que tenemos que ir a hacer esto. ¿Pero no queda lejos? No, no, vamos con el auto. O sea, eso es lo que tiene de bueno, a veces, vivir con tu hermano.

Rollo de cocina. Fija. El rollo de cocina nunca vas a comprarlo. Yo nunca compro rollo de cocina, siempre lo compra mamá. Y de repente, tipo, vas ahí y, che, no tenés servilletas, uh, no tengo servilletas, flasheé. ¿Y por qué te das cuenta de eso? Porque vivís solo.

La suciedad que hay es tuya. El orden que tenés es tuyo. Los platos que lavás son tuyos. Uno, cuando cocina solo, se hace una ollita de mierda, se hace un arroz, unos fideos, una cosita así, y gasta, no sé, una sartén, te tirás una, dos milanesitas, un arroz, listo. ¿Y qué tenés que lavar? Nada, una sartén, una ollita, un plato, dos cubiertos. ¿Qué te ocupan? Nada de lugar, los podés apilar y no pasa nada.

Y… te das cuenta de repente que no te gusta lavar, no te gusta planchar, y entonces empezás a encontrar maneras para no planchar. Conozco uno que lava la ropa y la cuelga, hay que colgarla bien, no colgarla así nomás, colgarla bien, entonces, si uno cuelga bien la ropa, no tiene que plancharla.

Ahí ves la crudeza tuya. Estando con gente ves la de los demás y no te concentrás en la tuya. Y los demás ven la tuya, pero no ven la de ellos. Viviendo solo te concentrás todo en la tuya, porque no tenés a nadie que criticar más que a vos.

Y ahora lo interesante: ahora que estoy de novio y no estoy tanto tiempo en casa, me digo ¿vale la pena vivir solo? Por ejemplo, conozco a uno que duerme en lo de la novia y vuelve solo a buscar ropa y a dejar la ropa sucia. Medio hijo de puta. Yo también hago lo mismo, llevo ropa para tres días, paso el fin de semana entero durmiendo allá, llego a casa, dejo la ropa sucia, agarro nueva. Pero trato de estar más en casa, no ser tan hijo de puta.

Tengo la suerte de tener unos suegros muy copados. Y también me porto bien, eh; ojo, sí, lavo los platitos, cuando la mamá está sacando cosas, ahí le digo, che, querés que te ayude. Y bueno, hay que ganarse los puntitos.

La vida es de uno, de uno mismo. Todo lo que vivís es tuyo. Es tu experiencia. Vivir solo es conocerse, es saber cómo es esa persona con la que vas a estar toda tu vida, que sos vos, y lo que esa persona le hace a los demás. En su forma de ser intrínseca, que a veces la cruda realidad de estar viviendo solo y estar solo es como que habría que conocerla para saber en qué jodés a los demás. Yo sé que jodo a los demás. Uno va a su casa y sabe que no va a lavar. Como si te despreocupás de que tenés que lavar porque eso siempre termina haciéndolo tu mamá y nunca te va a pedir que laves. Es más, ni te lo pide, y vos tampoco te ofrecés, por instinto. Uno debería ofrecerse porque sabe el calvario que es cocinar para tantos.

Los hijos saben que vos como madre o padre te vas a encargar siempre de todo, entonces ni se preocupan. Es necesario salir de la casa para evolucionar y ser mejor persona. Entonces sería algo así como irte para poder volver.

No paro de pedir silencio. Creo que ya usé esa palabra más de ciento cincuenta veces. La clase dura una hora y media y todavía no terminó. Me miro la muñeca, no tengo el reloj. Dos veces por minuto. ¿Es posible que haya pedido silencio dos veces por minuto? Otro cálculo: tengo quince alumnos y la institución paga cuatrocientos cincuenta pesos cada clase, o sea que cada alumno estaría representando una ganancia de treinta pesos. Para comprar la nueva bicicleta voy a tener que gastar lo que gané en más de veinte clases.

Me duele la garganta, no quiero gritar más. Así no voy a conseguir que se callen y me escuchen. Algunas veces encuentro una forma de decir que produce un silencio frágil y etéreo; no sé de dónde saco la voz, es calma y no duele. Me sorprendo cuando aparece, no siento que soy yo el que habla. Los chicos, por un instante, me miran. Si no lo hubiera logrado alguna vez, creería que nunca voy a ser un buen maestro.

Adam se revuelca en el piso imitando un baile sin piernas que le enseñé. Charo se sube a una mesa y me salta encima para que le haga upa. Juana y Paula graban unos videos en los que inventan historias sobre pueblos perdidos y seres mágicos. Bianca, Celine y la otra Juana improvisan escenas melodramáticas. Mónaco mete la mano en una cartuchera y la revolea como un títere, la hace recitar un discurso político. Álvaro, Felipe y Simón se persiguen, jugando a una especie de mancha que no conozco. Isabella mira por la ventana sentada en su silla, el sol le da en la cara. Nina dibuja, acostada en una esquina, y habla sola o tal vez con el personaje de su dibujo.

Grabo un video de los chicos jugando y se lo mando a mamá. Mirá mis alumnos lo que son, le escribo. Ahora no puedo, estoy trabajando, me responde.

Me duele la garganta. Trago saliva, toso un poco y hago el último intento de convertir este desorden hermoso en algo que parezca una

clase grupal. Si alguien entra ahora, me echan.

Ya no sé cómo hacer que me escuchen. Pido silencio y no paran. Para ellos, soy solo un tipo viejo y cansado que grita mientras intentan jugar.

Subo a la bici y pedaleo. Lucas me saluda con la mano. Se hacen cada vez más chicos los mates y la casa de Lucas hasta que desaparecen. Subo el cordón. La goma saca chispas contra el cemento. Una pareja se suelta la man, un anciano revolea el bast, un galgo me persigue media cuadr. Bajo el cordón. Me tocan bocina. Subo, la bici patina y escucho un boom. Estalla la llanta y diluvia. Se empieza a inundar la calle. Corro arrastrando la bici del manubrio. Cada vez llueve más. Mi hermana me persigue trepada a un piano, flota calle abajo y toca bocina, un acorde de mí. Algo me roza el pie, un pez dorado. Tiro de la bici y casi la pierdo en la corriente. Una tortuga se choca contra mi panza. Tomo aire. Abajo del agua abro los ojos. Veo burbujas que flotan hasta la superficie. Suelto la bici que cuelga de mi brazo y la miro hundirse. Se pierde en el fondo de la ciudad.

Azul. 21 años. Actriz

Nací en San Martín de los Andes y viví ahí dieciocho años. Siempre en la misma casa, que se fue agrandando. Cuando yo nací la ampliaron un poquito. Seis años después nació mi hermano Benja y volvimos a hacer una ampliación. Como que la casa fue creciendo con nosotros. Y de repente teníamos una casa de dos pisos y yo tenía mi cuarto y también me re acuerdo de ir al cuarto vacío y estar fascinada con que ese iba a ser mi lugar, y encima me había tocado el cuarto más grande. Era apenas más grande, pero yo lo notaba.

Y bueno, el último año que viví ahí, mis viejos se separan. Me iba a lo de mi papá que alquilaba, pero no mudé mis cosas, nada. Cuando mi mamá se muda de nuestra casa, ahí sí mudé mis cosas por primera vez, ella se muda a una casa que tenía dos habitaciones, y como era el último año que yo estaba ahí, yo dormía en una habitación, mi hermano en otra, y ella durmió como en el living o algo así. Así lo quería, era como que decía bueno, el año que viene vos ya… vos te vas, y ni siquiera era un año entero, porque era abril, y como, te vas y yo paso a ese cuarto. Sí, ya sabía que me iba. Creo que sí. Bueno, estaba medio dicho.

Como que todo el mundo allá un poco… También hay gente que se queda, obvio. Como que hay un mundo medio chico en San Martín. Entonces, la posibilidad, la idea de irse, por lo menos a mí, que había visto que mi hermano Jere se fue y que los amigos de mi hermano se fueron y que mis amigos se iban, era como, sí, mmm, sí, sí, estaba como bastante…, de hecho ahora recién lo pienso y digo, y… no se me ocurrió pensar, che, ¿y si me quedo y hago algo acá? Y capaz que podría haber ido bien, pero, no, no lo pensé.

Iba arriba, me acuerdo, del bondi y no podía entender cómo iba a saber dónde bajarme. Como que decía no, no puede ser. Me parecía todo muy igual, el bondi agarraba Santa Fe y eran cuadras y cuadras

de lo mismo y lo mismo. Sobre todo me acuerdo de eso, de creer que no me iba a saber ubicar, que iba a bajar y que me parecía infinito todo.

Ahora estoy en Parque Patricios. La casa se la alquilamos a mi tía. Es una casa donde vivió ella muchos años, diez por lo menos. Yo la conocía de antes y como que tenía un recuerdo de esa casa que no me gustaba. Como que era muy húmeda, y eso no me gustaba tanto, pero bueno, finalmente nos mudamos.

Y… es re húmeda. Ahora hace poco quisimos poner hamacas paraguayas en el living y tuvimos un problema con la agujereadora. Había una pared muy húmeda y se agrandaban los agujeros. Hicimos doce agujeros. Y los tapamos todos, al final. Porque cuando pudimos, finalmente, poner el gancho, colgamos la hamaca, y nos sentábamos y hacía eeeek, eeeek, así que dimos de baja la misión y tapamos los agujeros y mi tía no sabe nada de esto todavía.

Se ven como unos granos en la pared nomás, pero atrás de eso hay unos huecos. La pudimos colgar de otro lado, agujereamos una parte del techo, lo cual mi tía tampoco sabe. Espero que no vaya de sorpresa. No, y la verdad, que sea mi tía es genial porque es muy fácil hablar cualquier cosa, salvo esto de los agujeros que todavía no le dijimos.

Los kilómetros son mil seiscientos. De Buenos Aires a San Martín.

Hoy en día no sé si podría ir, y como instalarme allá. Me siento como de visita ahí, pero a la vez no, porque es mi mamá, y empiezo… me siento muy extraña, porque es como que no estoy. No sé, como que hay veces que me da, es loco esto, pero es como si me diera miedo de volver para atrás, como… perder mi autonomía, estando mucho ahí.

Siempre que volví, nunca estuvo mi casa de siempre. Es como que hay algo que desapareció, como que nunca más. Esa casa y esa familia, nunca más. Mi papá y mi mamá viven en casas distintas, con parejas distintas también a medida que fue pasando el tiempo. Lo que a veces pienso que me pasó fue que entonces fue como otro capítulo de la vida, y siempre me quedó ahí como una nostalgia.

Esta nostalgia que siento con este tema es que digo uy era re feliz. Y no era consciente de eso. Cuando sos niño no te das cuenta de que las cosas se van a terminar. Es un anhelo de algo que nunca va a volver,

qué se yo, digo, ese cuarto no va a volver. Y está bien que no vuelva.

Hablé un montón, ¿no?

Vuelvo arrastrando los pies. En la cuadra no se escucha un ruido. Ni siquiera el vecino saxofonista toca esta noche. Así es en el campo, pienso, y fantaseo con la idea de vivir en un pueblo perdido, ser el único actor y dar clases de teatro a los hijos de los pobladores. No, mejor sería irme a vivir a Japón o a Vietnam o a Berlín o viajar de mochilero por Latinoamérica.

Tres tipos embalados en neoprén pasan a toda velocidad sobre bicis de colores. El viento me agita el flequillo. Soy un idiota. La vida es el resultado azaroso de la colisión incontrolable entre decisiones y casualidades, qué importa si prefiero mudarme a Nueva York o a Chapadmalal, lo que importa es que haga una cosa de una vez, que por lo menos me vaya de casa si es lo que tanto quiero y que sea a donde sea, a donde pueda irme, hoy, ya, ahora.

Un temblor en el bolsillo me rescata del enrosque. El mensaje dice: Milo, no podemos sostener la reserva. Por el tiempo transcurrido, tampoco podemos devolverte la seña. Mucha suerte.

En la puerta de la casa está el auto de mis papás. Detrás del portón, el gancho vacío. Subo como puedo los escalones de la entrada.

—¡Hola, familia!

Nadie responde.

Chapitas de cerveza

Yo tenía dieciséis años y mi amiga Gala me invitó a pasar unos días en su casa de Cariló. Le dije que sí. También había invitado a Olivia, la chica de la que yo había estado enamorado los últimos ocho meses, y me preguntó si no había problema con que ella también viniera. Le volví a decir que sí, con más ímpetu. Demasiado ímpetu. Ímpetu de adolescente enamorado, ímpetu.

Gala, Olivia y yo nos acomodamos en la habitación diminuta que compartiríamos toda la semana. Nunca antes me había parecido una virtud la falta de espacio. Guido, Tina y Martín pararon en un hostel del centro.

La primera noche nos encontramos todos en la playa. Nos provocábamos, nos perseguíamos, nos hacíamos caer sobre la arena. Abrí una cerveza con los ojos puestos en Olivia. La presión se disipó, el aire entró en la botella, y en mi pecho, porque Olivia también me miraba. Cuando terminé la cerveza, le guiñé el ojo y le tiré la chapita que ella guardó en su cartera. Con la próxima cerveza, me guardé una chapita en el bolsillo.

Dos chapitas: Olivia y yo. Solos en la playa vacía. La luna se reflejó en sus pupilas. Desde lejos, le devolví la mirada, cómplice. Estábamos solos. Empezamos a acercarnos. Caminé entre paquetes de cigarrillos y botellas vacías. Levanté un pie y la huella, por debajo, volvió a llenarse. Volví a pisar, creé un nuevo hueco cada vez más cerca de Olivia, que también se fue acercando, hueco, hueco, hueco, a mí. Una ola se levantó. Vi cómo la luna le hacía brillar la nariz y las pestañas. Subí los brazos y le rodeé la espalda, busqué con la izquierda mi mano derecha, las junté por detrás de su espalda. Nuestras panzas chocaron como un brindis, colisionaron, una contra otra, inseparables.

Imaginé que uniríamos nuestros ojos con un hilo y mientras la mano de ella subiría para agarrarse de mi nuca, mi mano le atraparía la

mejilla. Imaginé cómo mi boca se acercaría a su cara y la besaría de un lado y del otro. La besaría en la frente, en la nariz. La besaría rozando sus labios, sin tocarlos. Mi espalda estaba descentrada; entendí que tenía que acomodarla para que mi panza siguiera pegada con la de Olivia en toda su superficie y no solo en forma parcial. Me separaría apenas unos centímetros para que ella pudiera acercarse, ella se acercaría de a poco, sus labios se estrellarían contra mi frente, mi nariz, mis cachetes, mi pera. Muy cerca, sin tocarse. Se me resbaló el pie sobre la arena y se me contracturó el gemelo. Fui dando pasos chiquitos para recuperar la simetría, muy despacio lo hice, intentando que ella no lo notara.

Olivia me miró desconcertada. Estiré el cuello para besarla. Alejó la cabeza para atrás, me tiró las chapitas y salió corriendo por la playa.

Tatiana. 25 años. Maestra y artista de circo

Como que nada se mueve de lugar si vos no lo movés. Como que, en tu casa, todo depende de vos. Si vos no organizás que alguien vaya, nadie va.

Son cosas pavas, pero están re lindas. Por ejemplo, yo cuando me fui a vivir sola al principio lo re deseaba y tenía muchas ganas y estaba re copada con hacer los quehaceres hogareños que implicaba irme a vivir sola. Y después va mutando un montón. En un momento entré en una de ¿esto voy a tener que hacer para toda la vida? Ah, bueno… no sé. Y se me fueron las ganas de cocinar.

Hay veces, boludo, que no ceno. Sí, hay veces que no ceno. Y es que depende todo de vos, o sea, si estoy re muerta y llegué y, no sé, me hago un té con galletitas. O a veces entro en la de milanesa de soja congelada y, bueno, ya fue, me como una milanesa de soja con un tomate y listo.

Me re divertía el plan de lavarme la ropa, no sé, yo nunca había puesto el lavarropas. No, ¿vos sí? Ah, viste. Y es re loco. Como que adquirís mucha independencia, mucha sensación de adulto. Sí, tipo: ah, okey, me tengo que colgar la ropa. Cosas que antes no hacés y no tenés conciencia de que llevan un tiempo y una dedicación. A mí colgar la ropa me encanta, sí, me re gusta. Es como un momento re terapéutico. Colgás tu ropa… No sé, qué se yo.

Es que está bueno porque vas viendo cómo perdés las ganas y cómo las volvés a encontrar. Un día digo: ay, hoy tengo re ganas. Como que te reencontrás con el deseo. Después estás re enroscado con vos, hay días como que yo digo: ay, no, no soporto y me quiero matar que vivo sola, por qué no vivo con mi mamá, que estaría acá tipo dale, dale, alegrate, dale. Y bueno, la llamo y ella me alegra por teléfono.

También hacer tu hogar, ponele, no sé, ponerle las cositas tuyas es un flash, como comprarte la vajilla, comprarte el colador, te comprás

cositas lindas que te gustan, como que decís: ay, es mi casa. Hacer propio un espacio es re lindo.

¿Hace cuánto me mudé? Y, hace cinco años, a los veinte. Re chica. Pero yo re necesitaba tener un espacio porque mi madre era como… Pero igual tampoco que ahora me siento tan grande, o sea, es re loco eso, viste que decís como: uy, seguro que a los veinticinco estoy… no. No sé, te sentís igual pero pasan los años.

Obvio, podés volver. Antes lo re hacía. Mamá, estoy enferma, me siento mal. Me dice: vení que te cuido. Corta la bocha.

Es loco cuando ya desarman tu pieza, viste, yo ya no tengo pieza. Hay una pieza y no es mi pieza, hay un escritorio y hay una cama. Pero no es mi pieza. Es loco cuando vos tenés, tipo, yo ya tengo todos mis recuerditos, todas mis cositas esas, en la mudanza, me las llevé a mi casa.

¿Y tu hermana no se quiere ir? ¿Que te vayas y quedarse sola? No sé, pregunto. Es que ella es como más rebelde en la familia, ¿no? ¿Un poco? Y más revolucionaria.

Pero si ya te surge el deseo y te viene así esa sensación, es re lindo. ¡Y te regalan cosas para tu casita nueva y tener tus plantitas! Y un animalito. O no, animalitos no. Ay, es verdad, vos sos medio antianimales. ¿Y la tortuga? ¿Vive? No lo puedo creer. Que me mordió el dedo, no me lo olvido más. No, tampoco me dolió tanto.

Porque nadie te va a molestar. No te va a pasar más, ¿te acordás la vez que nos abrieron la puerta? Sí, boludo, tu papá… Fue horrible. Eso no te va a pasar. Cuando vivís en una casa compartida yo no le abro la puerta a nadie sin tocar. Ni en pedo. En tu casa, tus papás, obvio que sí. En cualquier momento van y te abren. O de pronto te aparece algo ordenado en la pieza que decís: che, yo no lo dejé así, ¿quién entró y lo hizo?

Y qué onda, vos. ¿Estás noviando?

Concepción Arenal 2517, 2 amb., fte., living com., a reciclar

Los números digitales rojos ascienden hasta el cinco, las puertas se abren y quedamos papá y yo frente a un pasillo largo y oscuro. Intenso olor a gato. Estoy por decirle que nos vayamos, pero mi viejo va a pensar que no estoy seguro de mudarme. Así que salimos del ascensor y avanzamos hacia el olor, a cada paso más intenso. Imagino un edificio lleno de gatos en miniatura, muy tiernos, corriendo y maullando. Es de noche, pasa la sombra de un gato gigante, me escondo bajo la frazada y mi grito atraviesa la pared y llega hasta una vieja horrible sentada en un sillón marrón raído que chorrea pis de gato y todos los gatos se frotan contra ella y le lamen la cara y los brazos.

Odio a los gatos.

Estamos por abrir la puerta del G cuando escuchamos un picaporte rechinar atrás nuestro y nos damos vuelta. Una señora mayor nos vigila, seria como una escultura precolombina. La miramos, papá y yo. Estoy seguro de que los gatos son de la vieja y que de noche se va a convertir en la bruja que me imaginé o peor, en una pantera salvaje y me va a devorar. La señora sonríe sus dientes postizos. Se me escapa un: guárdese sus gatos, eh, que no me gustan.

Abro la puerta del G y cierro fuerte sobre la espalda de papá que se metió atrás mío.

El olor venía de adentro.

Nos miramos y no aguantamos la risa. A él tampoco le gustan los gatos. Después nos ponemos serios porque aparece un nuevo Ricardo, que saluda a papá por su nombre. No entiendo por qué lo conoce. ¿Sabía papá cómo era el departamento que veníamos a ver? El lugar se corresponde con el olor a gato: mugriento, inhóspito y oscuro. Siento que mi viejo quiere decirme algo. ¿Me ve a mí como al departamento?

Paso un dedo por las paredes y queda manchado de polvo. Escucho que, en el pasillo, el Ricardo le susurra a papá:

—Lo que hablamos sigue en pie.

Y papá contesta más bajito todavía:

—Ta, ta, después lo arreglamos bien.

Me quedo mirando la punta de mi dedo manchada de negro. No sé qué es peor, si mudarme a este lugar o seguir viviendo con mis viejos.

Vuelvo a mi departamento y papá está sentado en la cama en la oscuridad. ¿Cómo entró? No sé. ¿Cómo entraste?, le pregunto. Soy tu papá. Es cierto. Sos mi papá, le digo. Habla: sé lo que estuviste haciendo. Escalofrío. Hay mucho de lo que enterarse. Qué sabe, cómo hizo. No aguanto más y confieso todo. Todo lo que hice mal. Toda una vida de errores. Papá dice: yo sabía que no estabas preparado, si sos un bebé. No soy. Sí. No tenés bigote. Podría abrazarlo, pero no. Llorás, dice con cara de ternura. Está decepcionado de mí. Me escondo abajo del acolchado. No quiero verle la cara, no quiero descubrir si está feliz o furioso. Escucho sus pasos como golpes por el departamento. Tengo que evitar que descubra mis errores, pero no me animo a salir. No escucho nada, no sé si está o se fue. Pienso en sacar la cabeza y ver si ya me quedé solo, pero la idea me da terror.

Mamá quiere que le cuente cosas. Algo lindo, pide. Me paso los días inventando cosas lindas para contarle a mi mamá. Murmuro: hoy tengo a los de segundo A y eso me pone contento. Perdón, dice ella. Me está pidiendo que le repita. La madre le pide perdón a su hijo, aunque no hizo nada malo. Digo algo incomprensible, como gruñendo.

—Perdón —vuelve a decir mamá—, no entendí.

—Por qué decís perdón —le ladro.

—Es que tengo este ruido en la oreja, sabés.

—Sí, sí, ya sé.

Ella agarra el estéreo portátil y lo enchufa. Sintoniza la 750. De los parlantes sale solo lluvia. La radio anda pésimo, suena siempre mal la AM en este auto de mierda. Una voz grave vaticina catástrofes económicas.

—Mamá, ¿podés cambiar?, no se entiende nada.

—Esta es la radio que me gusta.

—Pero no se escucha, mamá, es horrible esto.

Ella sube el volumen para escuchar mejor las palabras del locutor, pero el ruido también aumenta. Avanzamos con la lluvia sonando a full. Me aclaro la garganta con una tos. Ridículo. Hablo:

—Te decía antes que hoy tengo a los de segundo, son mi grupo preferido, aunque estoy pensando que no sé si los voy a tener el año que viene, quizás debería buscar un trabajo más redituable si me quiero ir a vivir solo.

El semáforo se pone rojo y mamá frena de golpe. Hace un sonido con la garganta. No sé si es una respuesta a lo que dije o qué. De cualquier manera, no dice nada más.

—Ma… ¿cómo es el ruido?

Siento que me arde la cara. Por suerte no me escucha, pienso. Mamá no sabe nada sobre mí.

—El ruido de tu oreja. ¿Cómo es?

El semáforo se pone en verde. El zumbido es cada vez más fuerte y no deja escuchar nada.

El jean adolescente

Un invierno me fui de vacaciones con mis papás y conocí a Ámbar, que se reía de todos y a mí me miraba fascinada. Contaba buenas historias, parecía haber vivido mucho más que yo. Todas las noches me juntaba a tomar y cantar con mi grupo de amigos nuevos. Usaba ropa larga y abrigada. La última noche de las vacaciones, jugamos a escribir secretos anónimos en un papel, mezclarlos y leerlos en voz alta. Ámbar escribió que quería chaparme y firmó con su nombre. Todos gritaron como estúpidos y se rieron como cabras. El juego terminó. Ámbar me agarró de la mano y nos besamos. En un momento, me empezó a acariciar las piernas y después entre las piernas. De pura excitación y nervios, acabé. Sentí la vergüenza en el cuerpo, esas ganas de desaparecer. Con alguna excusa, le saqué la mano y me alejé desolado. Vagué por la oscuridad, quería que lloviera, pero miraba el cielo y veía las estrellas de mierda. Fui a la habitación, me saqué el pantalón y lo escondí en la valija.

Es domingo a la mañana y estoy acostado en la cama. A través de la persiana mal cerrada se filtran unos hilos de luz. De lunes a sábado la alarma me despierta temprano y me paso todo el día afuera. Vuelvo cansado y no puedo escribir. Me siento como un zombie a mirar la pantalla y babear el teclado.

Mi hermana salió toda la noche y duerme hasta después del mediodía. Mamá se levantó temprano y fue a nadar a la pileta municipal. Papá se fue a ensayar. Todo está tranquilo. Me despierto sin la alarma, me estiro, abro la persiana, vuelvo a la cama y me quedo mirando el cielo gris y el árbol enorme del jardín.

Tengo que aprovechar para escribir. Es el momento perfecto para hacer algo importante. Levanto las piernas y acomodo el acolchado por debajo. Una oruga de tela y plumas. Siento tensa la mandíbula, me hace doler la cabeza. Masajeo mis sienes.

No quiero salir de la cama ni prender la computadora. Pero tengo que hacer algo, algo importante. No puedo desaprovechar esta mañana de domingo. Desde la cama veo cómo bailan con el viento las ramas del árbol.

Es un liquidámbar. Supera la casa por tres o cuatro metros. Su base es más ancha; su punta, fina. No tiene raíces emergentes como un ombú. El pie está cubierto por las hojas verdes y frescas de una enredadera que nadie plantó, y que ahora lo rodea y viste de color. No, Milo, eso no es escribir bien. Vamos de nuevo. La madera es casi gris, como el cielo, no marrón como la pintaría un niño. La enredadera cubre el tronco como un pantalón de plantas: un plantalón. Te reís, Milo, te hacés el gracioso, pero esto no te parece buena literatura. Vamos de nuevo. Da hojas de cinco puntas, que a principios de mayo se ponen amarillo naranja. En invierno le cuelgan unas bolas puntiagudas. ¡No! Estás desaprovechando tu momento de escribir algo importante. Pronto va a ser la hora de almorzar, mami va a volver de

la pile, papi del ensayo, tu hermana se va a despertar y vas a haber perdido tu oportunidad. Seguís enrollado en el acolchado como un gusano y te duele la cabeza por pelotudear con los dedos.

Vamos de nuevo. El árbol creció conmigo, lo plantaron cuando nos mudamos a esta casa, yo tenía cinco o seis años. Hubo un tiempo en que fui más alto que él

Vamos de nuevo. Dejó de soplar el viento y el árbol está quieto. Está vivo, aunque a veces no lo parez

Vamos de nuevo. El árbol crece, aun cuando no lo reguemos. Mucho después de que hayamos muerto, cuando ya todos me hayan olvidado, el árbol seguirá firme, en una continuidad irrelevante porque no significó nunca nada para nadie que el árbol siga vivo. Afirma solo eso, su propia permanenc

Vamos de nuevo. Una libélula roja sobre una hoja verde. Una libélula roja sobre una hoja verde que cuelga de un tallo ocre. Una libélula roja, una hoja verde, un tallo ocre en una rama gris, se incrusta en un tronco pardo y baja hasta la tierra oliva. Una libélula roja sobre una hoja verde que cuelga de un tallo ocre en una rama gris que se incrusta en un tronco pardo que baja hasta la tierra oliva sobre la que crece pasto esme

Vamos de nuevo. El árbol le rasca la panza al cielo. Nadie se ríe

Vamos de nuevo. Es huérfano, el árb

Vamos de nuevo. Llovió hojas secas durante el oto

Vamos de nuevo. ¡Oh, magnífico árbol de inusitado foll

Vamos de nuevo. Las hojas son cuadrad

Vamos de nuevo. Un joven escritor mira por la ventana y no ve nada. No hay cielo, jardín o árbol. No hay tronco, pájaros o plantas. No hay ventana, ni cuarto, ni cama. No hay escritor. No hay jov

Vamos de nuevo. El árbol nunca dio frutos. Su único legado es una montaña de hojas arrugad

Vamos de nuevo.

Árbol de mierda.

Parte II

—¿Estás anotando?

—¿Qué cosa?

—Lo que te digo, ¿lo estás anotando?

—Sí, sí.

—No te veo anotar.

—En mi memoria, Lu, lo estoy anotando en mi memoria. Estoy me-mo-ri-zan-do.

Lucas me mira con ojos finitos de espía chino. No le causé gracia.

—Mirá, Milo —hace una pausa para suspirar—, esta es mi casa, mi hogar, mi lugar en el mundo. Para mí no fue fácil convertirme en una persona adulta, ¿entendés? Pero esta es la casa de un adulto.

—Cuando sea grande quiero ser como vos, amigo.

—Milo —más suspiros, más drama—, si te vas a quedar acá, tal vez tengas que tomarte las cosas más en serio. No podés hacer chistes con todo.

—Está bien, está bien. Me voy a comportar. Seré un adulto ejemplar.

—Milo —se sostiene el tabique entre el índice y el pulgar, suspira—, de verdad.

—De verdad, Lucas. Va a estar todo bien. ¿Por dónde empiezo?

—Anotá.

Lista de informaciones y precauciones para poder vivir en la casa de Lucas y convertirme en una persona adulta:

- La maquinita larga es para hacer jugos de fruta
- La maquinita ovalada es para hacer arroz hervido como los japoneses
- Puedo agarrar cualquier libro de la biblioteca (muchos Galeano, Benedetti y hasta veo, sí, un Coelho)
- Al gato, dos comidas por día
- No usar el lavarropas después de las diez de la noche porque el vecino de abajo se queja del ruido
- La tele tiene tres controles: tele, dvd y adaptador (le aseguro que no voy a mirar tele. Igual me explica cómo funciona cada uno de los botones)
- El gato está enfermo, no saben qué tiene. Si lo veo haciendo algo raro, lo puedo llevar a la veterinaria de a la vuelta (todo lo que hacen los gatos me parece raro)
- Si pasa algo grave con el gato, que le avise. Si no es grave, no, porque se angustia al pedo (no sé nada sobre gatos!!!)
- Los cuadros los pintó Julieta, su novia (no entiendo si esto lo tengo que anotar, imagino que no, lo anoto por las dudas)
- Para dormir la siesta en el sillón, poner una sábana encima porque es antiguo y se arruina
- Chequear que el gato quede adentro del departamento cuando salga
- Cuidar que el gato no quede adentro de la heladera (me río, pero él se pone serio y dice que eso ya pasó una vez)
- Evitar que el gato salga al balcón porque se puede tirar (¿eso también pasó? No. Ah, ok. Pero casi. ¿Cómo casi? Y… casi, casi. ¿Qué?)

- Las personas adultas no hacen chistes con todo
- Las listas son importantes

Lo pasa a buscar el papá para llevarlo al aeropuerto. Desde el colegio que no veía al viejo. Está igual que siempre, enorme y grave. Me emociono al verlo, pero él me saluda con un: ah, qué hacés, che. Nada, acá, por mudarme a la casa de tu hijo, no me ves desde hace años, podrías ser un poco más cariñoso, mirá que puedo quemarle la casa a tu nene. Carga una valija, me toca el hombro y dice: cuidate, che. Creo que en realidad quiso decir: cuidá el departamento, pendejo.

Cuando nos estamos despidiendo en el pasillo, alguien estornuda en el piso de abajo. Yo grito: ¡salud! Lucas me mira a los ojos. Pienso que se va a arrepentir, que me va a pedir que le devuelva las llaves.

Apenas se sube al auto, me doy cuenta de que no me dijo el nombre del gato. Me voy a pasar las tres semanas diciéndole gatito.

Aprovecho que estoy en una casa ajena, en otro barrio, que nadie me ve: hojeo el libro de Coelho. Este tiempo lejos de casa me va a servir para hacer cosas que no me permito hacer viviendo donde siempre: voy a andar desnudo por la casa, voy a cagar con la puerta abierta, voy a comer porquerías, voy a leer libros malos y ver películas pochocleras, voy a jugar jueguitos en la compu, voy a invitar a quien quiera cuando quiera, voy a gritar de placer cuando alguien me chupe la pija y no me va a incomodar que alguien grite de placer cuando le chupo la concha. O la pija, si es que chupo también pijas. O lo que sea que vaya a chupar, porque voy a chupar lo que quiera: conchas, pijas, dedos del pie, codos, rodillas enteras, ombligos sucios, nucas chivadas. Voy a gritar: me encanta chuparte la nuca, o: me encanta chuparte los orificios de la nariz y no me va a importa que alguien escuche.

Busco sinónimos en el celular: succionar, chupetear, absorber, sorber, mamar, extraer, lamer, libar; son todas buenas. Entre los antónimos aparece escupir. Una acción complementaria. Consumir, explotar, utilizar, servirse; otra familia de significados, pero pueden llegar a funcionar. Enflaquecer, debilitarse, extenuarse, adelgazar son sinónimos también, no aplican pero componen la imagen. Releo los párrafos de autoayuda que escribió Coelho, sustrayendo los verbos originales y colocando, en su lugar, mis sinónimos. Intervengo el libro con lápiz negro. Algunas oraciones, por ejemplo, me quedan así: Cuando quieres chupar algo, todo el universo conspira para que realices tu deseo. Sólo una cosa convierte en imposible un sueño: el miedo a succionar. Mamar jamás separará a un hombre de su Leyenda Personal. Las cosas simples son las más extraordinarias y sólo los sabios consiguen lamerlas. Acuérdate de saber siempre lo que quieres sorber. Cuando se chupetea, no es necesario entender todo lo que sucede allá afuera, porque todo sucede dentro de nosotros. Es en el escupir donde está el secreto; si prestas atención a la escupida, podrás

mejorarla. Y si mejoras la escupida, lo que sucederá después también será mejor.

Gran dupla creativa, Paulo y yo.

No es mía la cama. Eso pienso durante la primera hora de la primera noche que paso sin dormir en la casa de Lucas. Nada es mío en esta casa.

Paso un rato intentando determinar si los objetos son o pueden ser de alguien. Poder tomar decisiones es lo que hace que un lugar sea nuestro. Pero si vemos la elección como acción de comprar, es decir, si elegir, en este sistema, es siempre pagar por un objeto, estamos atrapados, no podemos escapar a la noción capitalista de propiedad privada. Por otro lado, de esto estoy seguro, no me siento incómodo en esta cama porque no la haya comprado yo. Es otra cosa la que sucede, algo espiritual y arcaico. ¿Entonces? De vuelta donde empecé, sin respuestas. Bueno, basta, a dormir.

Los autos pasan sin parar por la calle bajo la ventana. Escucho diálogos intermitentes. Juego a imaginar que la casa de Lucas queda en Nueva York y no en el familiar barrio de Villa Crespo. Todo cambió, me acabo de mudar a una ciudad mítica, lejana y moderna, todo es mucho más interesante. Voy a aprovechar que estoy en Nueva York para escribir. Lo que venga: autoayuda pornográfica, microeconomía filosófica, turismo fantástico, todo puede ser literatura.

Escucho cómo alguien destroza una botella contra el asfalto. Como un eco, el estallido se replica adentro de mi cabeza. Un juicio de astillas de cristal. Imposible diferenciar lo roto de lo intacto.

¿Y si entran a robar? Nada, salvo aguardar las desgracias. El celular bajo la cama como un escudo imaginario. ¿Justo hoy tenía que ser? Desvalijan la casa sin valijas.

Repaso cosas de mañana: paseo por Nueva York. Comida típica bajo la lengua. La ducha neoyorkina purga el sopor del viaje. Conozco gente extraña, saco fotos. Mañana soy mi centro, ritmo de viaje, menguan los horarios. Algo se fracturó, puedo ver. Esquirlas de vidrio en el cerebro. Es el jet lag. El yetlag. Shetlag. Shitlag. Shit. Shit. Shup,

shup. Chu, chu, chu. Cucu cuchub.

Lista de responsabilidades y tareas de la casa que tendré que afrontar cuando viva solo:

- Hacer la cama
- Regar las plantas
- Lavar y cambiar las sábanas
- Lavar la ropa
- Poner a secar la ropa
- Planchar la ropa
- Reordenar la ropa en los cajones
- Hacer las compras
- Regar las plantas
- Ordenar la alacena
- Cocinar
- Lavar los platos
- Secar los platos
- Ordenar los platos en su lugar
- Limpiar la cocina
- Limpiar el baño
- Barrer el piso
- Trapear el piso
- Regar las plantas
- Chequear la cuenta del banco
- Pagar las cuentas
- Chequear la cuenta del banco
- Pagar las expensas
- Chequear la cuenta del banco
- Inhalar
- Exhalar
- ¿Reuniones de consorcio?

Te toco, botón, y das la luz. Pero sos ingrato, con la luz traés el ruido. Es otro, no el de ella, un escándalo. Silencio: oscuridad. Luz: ruido, y así. Irritante. Es ella, un ruido suyo. No mamá, la otra; en la cocina, la tía. Es porque cocino mucho, dice, decía, se llena de humo si no. Hay otro: Javier, cuarto B. Ruido de baño, como este. Pero allá son dos botones. Me equivoco, siempre. Puteo, la mamá agarra bronca. Prepara mate cocido con leche y turrón. Antes, ahora no. Acá hay uno solo. Uno que está solo.

Me baño a oscuras, sin ruido. Soy parte del vapor. Algo huele a muertes que no vi, gas en el noticiero, algo con calefones. Zombies o así, sin ojos o la cara hinchada. Sobrevivo y salgo con shampú. Tengo nieve, burbujas en la cabeza.

—Pero ¿está todo bien?

Los pies en un charco de agua. Mamá grita.

—Es un peligro eso, Milo, volvé a casa.

No. Estoy desnudo y espuma en el pelo. Hablo:

—Lucas vive acá y no le pasó nada.

—Tuvo suerte. Contame cómo es. Tapate la cara.

No respiro veneno, todo por la remera. Ciencia ficción de frente con el autómata homicida. Territorio bélico.

—¿Y?, ¿y?, ¿qué ves?, decí algo, Milo, ¿qué ves?

Soy Milo, sí. Intento un chiste:

—Una cosa maravillosa.

—No jodas.

—Bue. Es blanco, tiene numeritos, indicadores.

—Puede estar averiado.

—Hay un cable blanco, unos botones.

—¿Un cable blanco?

—Sí.

—¿Hay llamita?

—¿Qué cosa?
—Mirá bien, ¿hay llamita?
—Creo que no, no.
—Y el cable se enchufa a la pared… ¿no?
—Sí.
—Es eléctrico, hijo.

Lista de los números para emergencias:

Papá. 011 5006 2789
Abu. 011 5429 2888
Tía Kaia. 011 6387 2005
Rumi. 011 6926 0022
Same. 107
Emergencias. 103
Policía. 911
Bomberos. 100
Línea de atención al suicida. 135
Mamá. 011 6726 1010

Están sus tetas como un caleidoscopio. Me deja mirar. Soy un nene con el ojo en un hueco. La risa de Sofía es una granada, revienta todo. Es por mi cara de amor o de tonto o quizás hablé para afuera: tus tetas son un caleidoscopio. Están sus colmillos y un pedazo de labio. Es en Hong Kong y hay cubanitos con dulce de leche que prepara mi Zeide cuando canta. Merendamos, ellos no están, estamos desnudos nosotros acá en Hong Kong, ellos, allá en Paternal, donde hay luz todavía. Bobe sostiene un mate o un megáfono, toma y diserta. Zeide canta y rellena cubanitos. Sofía come cubanitos que le paso. El gato demanda, trepa al sillón sin sábanas, profano, le acerco la cuchara, lamemos. Habla Sofía desde el fondo del caleidoscopio:

—No sé si debería comer dulce de leche.

Pero no conoce la fórmula, placer igual salud, un eslogan tal cual. Le explico:

—Si comés con alegría, nada te cae mal. Eso dice mi abuela.

Me tira un beso de dulce de leche. Celebramos: Bobe aplaude, Zeide canta. Se apaga la luz en la cocina de Paternal. En Hong Kong la prendo, interrogo:

—¿Por qué preguntabas tanto, antes?

—¿Cuándo?

—Antes, cuando estábamos…

—¿Qué?

—Preguntabas si estaba bien, si me gustaba lo que hacías.

—Y no sé, para ver cómo venía la mano.

Hago de príncipe, juego. Hay una película o muchas. O ninguna, invento. Cerca de mi boca, la mano de Sofía como la Antártida, blanca, inmensa. La invado de dulce de leche. Nieve y barro.

—¡Qué hacés!

—Perdón, le pifié. Cualquiera, ¿no?

Sus dedos caben donde no sabía, entre mi paladar y mi lengua.

Tocan la campana que sale el tren.

—Estás loco —se ríe Sofía.

Dedos sucios y colmillos blancos. Rezo por tu risa, Sofía, me vuelvo fanático, acólito, me hago monje. Regurgito la ignorancia:

—¿Por qué preguntabas tanto, Sofía?

—Qué se yo, es que no gemías, no hacías ruido.

Soy una ilusión de plástico barato que se derrite con el fuego del desengaño. Millones de chinos cogen y gritan, hay dibujos, manga, yo lo vi. ¿Cojo en Hong Kong y no grito? ¿Para qué el esfuerzo, entonces? ¿Cuánto vale la soledad sin sonidos? Mi decepción es un chinito triste cubierto de barro.

Lista de cosas que me hacen muy bien para recurrir a ellas cuando esté en una crisis por vivir solo:

- Bailar con los ojos cerrados
- Hacer caras graciosas en el espejo
- Ponerme el pijama de día
- Ver películas de animación
- Comprarme pilas de libros
- Sentarme a leer en el balcón
- Esconderme a llorar abajo del acolchado
- Comer un paquete entero de vainillas con café con leche
- Correr desnudo por la casa
- Tocar la guitarra
- Cantar canciones tristes
- Escribir sobre las cosas que me lastiman
- Encontrarme con una expareja que me haya querido mucho
- Cortarme el pelo
- Escuchar *12 segundos* de Drexler, *Grace* de Jeff Buckley, *La Roux* de La Roux, *El evangelio* de Martín Buscaglia, *In Rainbows* de Radiohead, *By the way* de los Red Hot, *Is This It* de los Strokes, *Cripple Crow* de Devendra Banhart, *For Emma, Forever Ago* de Bon Iver

Gato de mierda. Mapa mental: inodoro, no, balcón, no, heladera, no, sillón, no, cajón de los cubiertos, qué. Alacena, huele a excursión a La Boca con tercer grado, no. Tocan timbre. Repaso sujeto: Lucas no; el viejo, espero que no; los míos no saben la dirección, no; Sofía trabaja, no. El Riachuelo, afluente en mi nariz. Insisten con el ritmo universal, ta-ta-ra-ra-ta. Repaso: Uli no, Mechi no, August no, el tipo. Sí. El tipo ese del extractor, el técnico, para apagar el ruido, sí. Buceo la alacena de Lucas, vuelvo al Riachuelo: galletitas viejas, frutas podridas, arroz con bichos, vino picado, basura, descarto. Insiste el dedo sobre el timbre, se pone violento. Más agradable es el ruido del baño, gracias. En la habitación declina el tormento, descanso de oídos. Voy de mortal sobre el bollo de sábanas. Descubro un sonido nuevo: dolor y maullidos.

Lista de las situaciones que debo evitar para cuidar mi salud (como comer choripanes en la calle):

- Comer choripanes en la calle
- Cuidar gatos ajenos
- Estresarme por boludeces
- Fumar porro con gente que me cae mal
- Fumar porro en lugares desconocidos
- Fumar porro cuando hace mucho frío
- Aceptar la invitación a salir de alguien con quien en realidad no quiero salir
- Leer la “lista de responsabilidades y tareas de la casa que tendré que afrontar cuando viva solo”
- Comprar libros que nunca voy a leer
- Quedarme escribiendo toda la noche

La heladera es un agujero negro pero blanco. Escucho el sonido del hospital y un portazo. Pido perdón al aparato por el golpe. Se impone la compra, pero el tiempo es un pelotazo en la nariz. Alimento al felino reclamante. Relamiente. Agradece, se frota y come. Las galletas se me empastan al paladar, hostias de esta religión sin piedad. Trago té con miel, misericordioso dios de mi cena insignificante. Migas y sorbitos, la soledad. En el balcón, la luna alumbra jarrones de tierra yerma, cadáveres de plantas que a pesar de mis listas no regué.

Lista de cosas que ya no van a suceder o que ya no voy a hacer porque vivo solo:

- Volver a casa y que haya comida preparada
- Volver a casa y que la cama esté hecha
- Volver a casa y que todo esté limpio
- Usar el auto de mis papás para ir a cualquier lado
- Pedir plata a mis papás por cualquier cosa
- Llorar de más cuando me siento mal para que me cuiden
- Pedir consejos de emergencia
- Hacer chistes en la cena
- Tocar el piano
- Ir hasta el río a cualquier hora
- Andar en bici por el barrio
- Mirar el árbol por la ventana
- Quedarme hablando toda la noche con mi hermana

En Berlín soy moderno y pulcro: un youtuber me enseña a poner el lavarropas. Mi orgullo es un arco iris redondo atrás de un vidrio. Contemplo el ciclón de colores como un nene los dibujitos en la merienda. Celebro con música y cerveza. Hago como Chaplin pero logro abrir la tabla. Admiro el calor invisible sobre la plancha. El gato sale al balcón, música de cowboys, nos vigilamos: en mi desierto no hay cactus, vaquero. Sube a la baranda. Corro y lo atrapo tipo béisbol, todo muy yanqui. Lo lanzo adentro. Exhibe orgulloso su ano indiferente, planifica tal vez su próximo disturbio. Ahora me asfixio: sale humo de la plancha y burbujas del lavarropas. Un boliche, el living. Suspendo. La ciencia me despoja de todo orgullo. Mi camisa preferida es el agujero negro en el que se pierden los niños que viven solos.

Lista de las cosas con las que no tengo que perder el tiempo:

- Las películas pochocleras
- Las series que no me atrapan desde el principio
- Los libros solemnes y aburridos
- El jueguito de Pókemon
- El scrolleo en facebook
- El diario
- El suplemento deportivo
- Las encuestas telefónicas
- Las discusiones con mi mamá
- El momento en el que todos están por irse pero finalmente quedan atrapados y nadie se va porque se quedan charlando de cualquier cosa
- Las esperas del 168 a media noche
- Los intentos para lograr que mis abuelos trabajen menos
- Los ensayos con medio elenco y sin director
- Las luchas contra el insomnio
- La angustia existencial
- El miedo al rechazo
- La histeria (propia y ajena)
- Las listas

Magdalena en la cocina. Otra imagen religiosa. La experiencia se torna mística. Pone yerba. Viene a ayudar a Lucas, parece. Clava la bombilla.

—Con algunas cosas —dice.

—¿Qué cosas?

—Lavar la ropa, hacer la cama.

Pone el mate entre mis manos.

—Limpiar el piso y las ventanas —está diciendo ahora.

Tomo y devuelvo el mate.

—También con el orden y la limpieza general.

Ceba uno para ella.

—Y cocino —sonríe—, eso también hago.

—Todo —suspiro—, hacés todo.

Magdalena es un secreto en la boca de Lucas. Me pasa otro mate. Miralo al adulto, nomás. Tomo el líquido caliente y dulce como la alegría.

Lista de objetivos semanales:

- Leer para la facu: *Formas de volver a casa*; *El llano en llamas*; *Tú, la oscuridad*
- Adelantar turno con psicoanalista
- Ver Racing con Tobi
- Evitar ver el partido con Tobi porque siempre que voy a su casa perdemos
- Repasar marcaciones para la escena del casamiento
- Pasar a buscar *Especies de espacios* de Pérec que pagué por mercado libre
- Hacer las compras
- ¡Lista de compras!
- Pagar el celu. Lo hago ahora
- Sacar turno con el traumatólogo
- Sacar turno con el kinesiólogo
- Dejar de estar tan hecho mierda
- Merendar con Bobe y Zeide
- Invitar a salir a Julia
- Cancelarle al electricista
- Llamar a mamá

—Que no me alcance la plata —digo a Julia. Nos sostiene la música, o la cama, más propia, hoy, en Saigón—. Y tener que trabajar más, tener cada vez menos tiempo para hacer las cosas que me gustan. ¿A vos?

—Me da miedo tener que comer todos los días arroz.

—Otla vez alos.

—Ja, ja, malísimo.

—Vos, malísima.

—Talado.

—Me da miedo que me duela mucho la panza y estar solo en casa sin nadie que me cuide o me haga caricias o me compre sevenap.

—Ay, pobre. No te preocupes, yo vengo y te hago cariñitos.

—¿Sí?

—Dale. Me da miedo tener que hacer todas cosas de ama de casa.

—Me da miedo que no se me seque la ropa y todo huela a humedad.

—Están tocando.

—¿Qué?

—El timbre. ¿Escuchás?

—Ah, sí. Anda mal. Pasa cada tanto. Suena un rato y después se va.

—¿Se va?

—Después se apaga.

—Ok.

—Es raro.

—Pero ¿hace cuánto?

—Bueno, está bien. Llamé al electricista y no me animé a abrirle. Y ahora, como venganza, me toca el timbre cada vez que pasa.

—Ah, ok.

—Me encanta este tema. Poné más fuerte. Es una canción de Cat Stevens sobre un hijo que se va a vivir solo, es hermosa, escuchá.

El pelo de Julia es un alga entre mis dedos que son el mar. Aprieto

sus orejas como pececitos. En Saigón suena la letra equivocada, no era Cat Stevens. Confundí acordes con acordes. Viejas locas diseminan poesía. Julia ríe desaforada mi desconcierto.

Lista de razones para seguir viviendo solo y no volver a lo de mis padres ante la primera crisis:

- No me gritan más “bajá a comer”
- Puedo invitar a quien quiera a dormir a casa sin que nadie pregunte nada
- No tengo que explicarle más a la persona a la que invito que sí, todavía vivo con mis padres, pero no, no hay problema porque me llevo muy bien con ellos bla, bla, bla
- No respondo más las preguntas repetitivas de mamá
- No me siento más culpable por los malhumores de papá
- No finjo más que estoy cansado para que no me molesten
- No finjo más que estoy contento para que no se preocupen
- No finjo más que estoy enojado para hacerlos sentir culpables
- No finjo más; estoy. Siento, habito y vivo. Soy
- No tengo que escuchar más las palabras “novia”, “chica con plata”, “no te ofendas pero”, “no te enojes pero”, “no te conviene”, “sos muy bueno”, “sos muy lindo”, “sos muy talentoso”, “sos muy inteligente”, “andá con cuidado”, “llamá cuando llegues”, “contame algo lindo”, “desagradecido”, “imprudente”, “no me levantes la voz”, “morite”

Soy la sombra de lo que soy, una fracción de Milo. Están mis huesos para armar una fogata. Me quema la nariz como caricias de virulana. Cómo se dice si te ganan por los puntos. Tanteo el término como un ciego. Ahí anda el celular pero no hay fuerzas para googlear. Qué importa. Estoy hecho mierda. Ah, sí: nocaut práctico.

Marco a papá. No llamo. El número en la pantalla ilumina la habitación. Papá acaricia mi cabeza hasta que duermo o muero. Me recupero y se ríe: no aguantaste un resfrío sin llamarme, piojito. No llamo. Dejo que el nombre de papá se apague. Todo se pone oscuro.

Dos veces estornudo. Giro y escupo un pañuelo. Mala puntería: la realidad es una confusión de mocos sobre mi mano. Marco sin mirar el número prohibido. No llamo. La luz de mamá dibuja la sombra de mi cara en la pared. No llamo. Mamá indica pastillas, baño tibio y a dormir. No puedo dormir, ma, apenas respiro por los restos de esta boca seca. Se disipa mamá en la oscuridad.

En la calle, ruido de vidrios y una persona corre. Otra vez, pienso, todo el tiempo algo se rompe. Un motor protesta. Cuento autos como quien cuenta ovejas. Un hombre acelera, lleva a su hija embarazada en el asiento de atrás, nace su primera nieta. Una familia emigra en secreto a Montevideo, los niños duermen, creen irse por unos días. Un borracho zigzaguea, escucha a todo volumen el opus treinta y cuatro, número catorce, de Rachmaninoff. Un fletero hace una mudanza, la cajuela se abre, nadie se da cuenta de que un libro pierde sus páginas, van dejando un rastro sobre el asfalto. Nocaut técnico. Me conmueve el grito. Rebota afuera y adentro de mi cabeza. Me incorporo. Abro los ojos con miedo a ver algo que no quiero. Ni quiero pensar en eso. Una chica, ya pensé, pienso en no pensar y pienso igual. Pelo largo y el camisón. Está parada del otro lado. No grita más. Sé que es ella la que gritó, el silencio en su boca abierta me impresiona. ¿No vas a hacer nada?, pregunta Ulises, acostado al lado mío. Me alzo. Si no vas vos, le

entro yo, eh, me advierte. Ojo que se te escapa el gato, dice Lucas, apunta a la chica. No, el gato no. Salgo de la cama con pasos cortos, como un pingüino. Voy hacia la chica del camisón. Es Olivia, dice Augusto. Sí. Tiene la cara de Sofía, pero es Olivia. No, tiene el pelo de Sofía y la cara de Julia pero es Olivia. Nunca hacés nada, me dice Uli. Todavía no llegué, no puedo hacer nada sin llegar. Y dale, metele, grita Fede boca arriba, los pies en mi almohada y las manos atrás de la cabeza. Apago la luz y vamos a dormir, mañana hay cole, ¿te lavaste los dientes? La chica me mira, no me lavé los dientes. No tengo que llegar tarde al cole. Deciles que esperen, le ruego a Federico. No quiero hacer nada si están ellos mirando. Fede se tapa la cara, espía por un agujero entre los dedos. Ulises me mira serio. Es mi papá. Uli es mi papá y me dice: ves, al final, nunca hacés nada.

Lista de ideas estúpidas:

- Escribir una novela sobre un joven que se quiere ir a vivir solo

Parte III

Camino dos cuadras hacia el río. Quiero subir a mirarlo desde arriba. En el celular no hay mensajes nuevos. Pasando la esquina no escucho los autos. En la cuadra viven solo familias. Escribo para avisar que vuelvo a casa. Escucho el saxo del vecino de enfrente. Espero atento a que llegue el yerro. Me decepciono.

Un niño pasa montado en su bici con rueditas. Me saca la lengua. Lo persigo unos metros, hago chistes, canto, tropiezo. Se ríe y pedalea más rápido. Intenta escapar. Dejo ir al niño.

El vecino falla una nota. Lo que era canción se torna sucesión de afonías y sofocos. Siento algo parecido a la tranquilidad. Un espacio fuera del tiempo que permanece intacto. Entro a casa y veo la bicicleta que compré antes de irme apoyada contra la pared, en el mismo lugar donde dejábamos la anterior.

Preparo un submarino con vainillas y subo. Por la ventana del cuarto veo el árbol. Mientras no estuve aparecieron los primeros brotes. Le guiño el ojo. Busco entre mis libros preferidos. Falta *Cartucho* de Nellie Campobello. Integra el bloque de libros raros, los que nunca presto.

La punta de la vainilla se hunde en las profundidades chocolatosas. Meto un dedo para rescatarla. No la alcanzo. Me sobreviene la sensación trágica de que todo se pierde. Recorro la biblioteca, acaricio los lomos. Mi dedo marca los libros con chocolate.

Busco en el cuarto de mis padres. Quizás mi madre lo agarró mientras yo no estaba para poder devolverlo sin que me ofenda si no le gustaba. En su mesa de luz encuentro *Tú, la oscuridad* de Mayra Montero.

Saco de la biblioteca familiar un Baricco que todavía no leí. Sobre el escritorio de mi padre están *Los diarios de Emilio Renzi*, acribillados con

lapicera. Entro al cuarto de mi hermana. Dentro de una bola de ropa, encima de la cama, encuentro el libro, marcado en el capítulo de “Las tarjetas de Martín López” con un doblez en la esquina superior de la página. Además del libro, encuentro un pulóver de lana que me regaló mi abuela y un señalador artesanal con frases de amor de Cortázar hecho por Marina, mi primera novia. Qué ironía, me saca el señalador pero igual le dobla las páginas al libro. ¿Para qué quiere mi hermana todas estas cosas que son mías? Tomo hasta el fondo el submarino y me trago un pedazo enorme de vainilla inflada de leche.

Me siento a tocar el piano. Después de un rato entra mi familia. Estaban almorzando con mis abuelos. Mi hermana se acuesta en el sillón del living y me acompaña con la guitarra. No sabía que pudiera improvisar sobre lo que yo improviso. Quiero preguntarle por qué me sacó mis cosas. Aprendió rápido a tocar, nunca tomó clases. La música suena triste, antigua. Mantengo la base rítmica con una mano. Con la otra, saco el celular del bolsillo y lo pongo a grabar.

Me equivoco en unas notas y aprovecho el error para cambiar el ritmo. Empiezo otra melodía y mi hermana me sigue. Me da miedo alejarme de mi familia y que se olviden de mí. Miro el celular. Sigue grabando. La música es casi épica, pienso que podría ser el himno de un país inventado. Miro a mi hermana. Toca con los ojos cerrados.

Cuando terminamos de tocar, dejamos pasar unos segundos durante los cuales intentamos escuchar los últimos acordes suspendidos en el aire que vuelven evidente el hilo invisible que se tensa entre mi hermana y yo.

Una risa, como una daga, siega el momento e instala uno distinto. Papá estuvo escuchando desde algún rincón del living y festeja nuestra improvisación con unos balbuceos estupefactos de alegría y admiración. Manoteo el celular y lo oculto sobre el piano detrás de unos libros.

Mamá entra con dos tazas de café con leche. Empujo con el codo el submarino vacío y giro para esconderlo detrás de mi espalda. Mamá nos alcanza una taza a cada uno. Con ese gesto festeja el vínculo entre mi hermana y yo. Claro que todo esto solo lo imagino. Mamá entró

con tazas de café y quizás acarició nuestra cara o nuestro pelo mientras papá reía y balbuceaba. Con afectación literaria, traduzco sus acciones a trascendentes significados secretos.

Mi hermana se sienta al lado mío. Toca un re. Yo hago el acorde de sol y ella pone su mano sobre la mía. Me voy a vivir con Félix, dice en voz baja. El compañero la invitó a su departamento. El acorde de sol sigue sonando. Mamá y papá no saben, me dice, pero te quería contar a vos.

Detengo la grabación. Ninguno sabe que estuve grabando. Me pregunto cuánto de lo sucedido —la música suspendida, el sonido alejándose, el hilo invisible, la risa de papá, el orgullo de mamá, sus tazas de café, la confesión de mi hermana, su alegría, mi estupor— quedó recordado, y si podré volver a escuchar todo eso las veces que quiera.

Subo a mi cuarto y encuentro dos libros usados y una nota que dice: bienvenido de vuelta, hijo. A mamá le gusta entrar en librerías de viejo y comprarme lecturas que yo no elegiría. Es como una provocación, porque sabe que termino disfrutándolas. Esta vez, hay un libro de entrevistas a dramaturgos y uno de poesía de Bukowski. Abro el de entrevistas. Como por un reflejo, hago un bollo con el mensaje de mamá. Hojeo el de Bukowski y pesco de pasada la frase “me voy a quedar aquí”. El poema se llama “Nirvana”. Estiro el bollo y vuelvo a leerlo.

Meto en una caja de cartón todos los papelitos que fui juntando, meto las calzas naranja, el reloj de Ópapa, el muñeco de patito, el jean adolescente, la cartuchera carnívora, las chapitas de cerveza y las botellitas con perfume de eucaliptus. Cierro la caja con cinta y en la cara superior escribo la pregunta: ¿por qué te vas?

Ella no era / como las mujeres que él, / el joven, / había conocido. / No se hacía la interesante, / un humor natural emanaba / de ella. / El otro, el viejo, / decía cosas locas, / se reía / con una risa / limpia / y placentera. / El joven miraba/ la nieve a través de las / ventanas. / Quería quedarse / en ese café / para siempre. / Un curioso sentimiento / lo inundó: / que todo / era / bello / ahí, / que todo

permanecería / siempre bello / ahí. / Entonces el chofer / avisó a los pasajeros / que ya era tiempo de irse. / El joven pensó, / me voy a quedar / aquí, me voy a quedar aquí. / Pero / se levantó y siguió a / los otros.

Atardece.

Caminan los tres por la playa. Avanzan juntos, primero el pie izquierdo, después el derecho, en total sincronización y sin proponérselo: todavía no se dieron cuenta. Cada paso lo apoyan al mismo tiempo, y como son dos padres con un hijo, hasta la forma del movimiento les sale parecida.

Milo mete el pie izquierdo en un pozo y casi pierde el equilibrio. Trota y los alcanza. Sincroniza su pie derecho, justo el que sus padres están por apoyar. Intenta sostener la simultaneidad, ahora que la notó. Una ola rompe fuerte y le golpea las piernas, pero él no disminuye la velocidad. Se empapa malla y remera. Vale la pena, piensa. Caminar juntos significa algo que se asemeja a la conexión y al entendimiento. Más allá de los desencuentros, los ruidos, las peleas, esta caminata sincronizada funciona como una tregua.

Su padre se lleva la mano a un costado de la panza, le duele. Empieza a caminar lento. Milo y su madre bajan la velocidad. Están a la misma altura, pero el padre apoya la izquierda cuando ellos, la derecha. Entonces sucede lo inesperado: el padre da un saltito y vuelve a pisar con la izquierda para equiparar su marcha con la de ellos. Milo evita los ojos de su papá.

La madre, que venía hablando sobre el placer de tomarse vacaciones, avanza ahora en silencio. Un castillo emerge en el camino. Para no destruirlo pega un salto que la deja por delante de Milo y de su padre. Con el pie derecho en el aire espera a que la alcancen y lo apoya al mismo tiempo que su hijo y su marido. Se dieron cuenta, piensa Milo. También ellos sincronizan.

Si hay palabras, es una conversación sin sentido, porque los tres se concentran en los pasos. Milo advierte unos rayos que se reflejan naranjas en el mar y se pregunta si no estará perdiéndose de algo enorme y bello por intentar esta caminata sincronizada. De golpe su

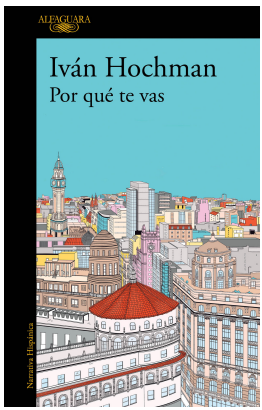
madre dice: saqué turno. Y todo es silencio.

Hasta que aparece el árbol.

Ninguno de los tres ha visto antes un árbol en la arena. Milo se pregunta cómo van a hacer para sortear ese obstáculo. Es inmenso. Mira a sus padres y nota que también ellos están pensando en eso, tal vez hasta calculan la distancia que falta para alcanzarlo.

Llega el momento, no hay tiempo, hay que resolver, hay que saber que todo puede salir mal. Los papás de Milo agarran hacia la derecha, Milo aguanta frente a frente. Si se decide a seguir a sus padres, quedará detrás de ellos. Elige la izquierda. Tiene que cruzar la sombra que provoca el atardecer sobre la copa del árbol. Camina solo, a oscuras. Le gustaría saber si sus padres están a la misma altura que él, si justo apoyan el mismo pie. No puede comprobarlo, ocultos como están por el árbol.

No pasa un minuto y los vuelve a ver del otro lado. Sus padres han conseguido seguir el ritmo. Pero ahora caminan alejados. Hacer el esfuerzo por alcanzarlos arruinaría el juego, lo pondría en evidencia. Milo suspira, afloja el paso y la sincronicidad desaparece.



«El tiempo es un pelotazo en la nariz. Las galletas se me empastan al paladar. Trago té con miel, misericordioso dios de mi cena insignificante. Migas y sorbitos, la soledad».

Milo vive con sus padres y su hermana, pero se quiere independizar. Mientras recorre la ciudad en bicicleta, visita departamentos en alquiler y se cruza con personajes desopilantes, alguien le va dejando, como pistas que no llevan a ningún lado, notas en las que se repite una pregunta: “¿Por qué te vas?”.

Condensando las ansias de toda una generación, Iván Hochman construye un relato con reminiscencias salingerianas, tierno, honesto y con un agudo sentido del humor en torno a la decisión de irse a vivir solo. *Por qué te vas* es una obra polifónica donde los testimonios de amigos que dieron el salto, las listas de pendientes y ciertos objetos queridos cuentan una historia e iluminan un futuro.

«Una novela como una bici: movediza, portátil y capaz de hacerte viajar a la más personal y preciosa tracción a sangre. Con pluma descarada y disfrutable, Iván Hochman consigue en *Por qué te vas* un libro tan vital y tan fresco como el aire ese cuando te da en la cara».

MAURICIO KARTUN

«Una novela como una bici: movediza, portátil y capaz de hacerte viajar a la más personal y preciosa tracción a sangre. Con pluma descarada y disfrutable, Iván Hochman consigue en Por qué te vas un libro tan vital y tan fresco como el aire ese cuando te da en la cara».

MAURICIO KARTUN

«*Por qué te vas* no es la forma más fácil de salir de la casa de los padres, pero es la más divertida, emocionante, e Iván Hochman la escribe de forma brillante».

CYNTHIA RIMSKY

«Como en un vodevil moderno, *Por qué te vas* abre puertas para mostrar una historia que insiste con pretendida inocencia en la pregunta y descubre nuevos sentidos, nuevas maneras de mirar el mundo después de la infancia».

JULIÁN LÓPEZ

«Esta es una novela dulce y fragmentaria, escrita no solo con las historias de la primera juventud sino también con su ritmo. Esa sintonía, en una primera novela, es para prestar atención».

TAMARA TENENBAUM

IVÁN HOCHMAN

Nació en 1994 en Buenos Aires. Es actor, director, escritor y docente. Viajó por Argentina y Latinoamérica con diferentes obras de teatro. Como dramaturgo, en 2021 ganó el concurso Nuestro Teatro, organizado por el Teatro Nacional Cervantes, donde presentó la obra *Decir te amo es un atentado*. En 2023, protagonizó la popular serie de Netflix *El amor después del amor*. *Por qué te vas* es su primera novela.

Foto del autor: © Alejandra López

Hochman, Iván
Por qué te vas / Iván Hochman. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alfaguara, 2023.
(Hispánica)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-301-037-0

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

© 2023, Iván Hochman

Ilustración de tapa: © Josefina Jolly
Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial / Agustín Ceretti
inspirado en un diseño original de Enric Satué

Edición en formato digital: diciembre de 2023
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-631-301-037-0

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: penguinlibrosar
Twitter: penguinlibrosar
Instagram: penguinlibrosar

Índice

Por qué te vas
Dedicatoria
Epígrafe
Parte I
- Godoy Cruz 3038, 4 amb., ctrafrte., balcón, ¡muy lum!, 3 bañ
- Muñeco de patito
- Fermín. 20 años. Agente de viajes
- Zapiola 483, 1 amb. Int. Baño, ideal pareja
- Calzas naranja
- Mercedes. 25 años. Economista
- Estomba 2631, 1 bañ, 2 hab., coc. Impec! T/luz y sol!
- Augusto. 25 años. Estudiante de Economía
- Botellita con perfume de eucaliptus
- El reloj de Ópapa
- Bonpland 1622, 1 amb., contrafrente. T/nuevo, excel distrib
- Ulises. 24 años. Sociólogo
- Cartuchera carnívora
- Federico. 25 años. Estudiante de Ingeniería
- Azul. 21 años. Actriz
- Chapitas de cerveza
- Tatiana. 25 años. Maestra y artista de circo
- Concepción Arenal 2517, 2 amb., fte., living com., a reciclar
- El jean adolescente

Parte II
Parte III

Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos